

los siete secretos se divierten



Chiel
Bouton

Lectulandia

¿Como podían los Siete Secretos salvar al viejo caballo de Tolly, *Browny*, de ser sacrificado? Ciertamente no se quedaron sin ideas ante la falta de dinero. El premio inesperado de Jorge ayudó mucho, por supuesto, pero más que nada fue la firme determinación de los Siete Secretos lo que dio seguridad a un hombre y su estimado caballo.

Lectulandia

Enid Blyton

Los Siete Secretos se divierten

Siete Secretos - 15

ePub r1.1

Titivillus 14.09.15

Título original: *Fun for the Secret Seven*

Enid Blyton, 1963

Traducción: Federico Ulsamer

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

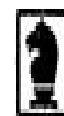
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Enid Blyton

LOS SIETE SECRETOS SE DIVIERTEN

Illustrated by Burgess Sharrocks



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la decimoquinta novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

¡Por favor, una reunión!

—¡Peter! ¡Peter! ¿Dónde estás? —gritó Janet mientras subía al galope la escalera.

—En mi habitación —contestó Peter, asomándose a la puerta. Parecía muy enojado—. Estoy ordenando todo esto. Papá vio mi cuarto esta mañana y me preguntó cómo podía gustarme vivir en una pocilga. Dice que los cerdos son más limpios que yo.

—Tiene razón —dijo Janet mirando a un lado y a otro—. Ni siquiera te molestas en recoger lo que se te cae. ¡Uf! ¿Qué es esta porquería que hay en la alfombra? Está pegado.

—¡Pero si es mi chocolatín! —dijo Peter rascando lo que estaba adherido a la alfombra—. ¡Menos mal que papá no lo ha pisado! Se le habría pegado a la suela del zapato.

Janet se echó a reír muy divertida.

—Eres el chico más desordenado que conozco, Peter. Voy a ayudarte a poner orden en tu habitación antes de que vuelva papá.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Peter sin dejar de restregar la alfombra—. ¡Oh, esto es horrible! ¡Nada menos que un chocolatín se ha ido a la porra!

—Oye, Peter: acabo de encontrar una nota en el buzón. Está dirigida a «Peter, jefe del Club de los Siete Secretos». Así que es para ti. ¿De quién crees que puede ser?

—De algún miembro del club, que necesita ayuda. Quizá quiera que nos reunamos.



Peter rasgó el sobre.

—Es de Jack, y dice:

«Querido Peter: ¿Podrías convocar una reunión? Bob Smith me ha pedido ayuda con urgencia. Es un chico del colegio que está en mi clase. No me ha explicado bien de qué se trata, pero dice que nos necesita. Está muy

trastornado. Quizá los Siete Secretos puedan ayudarle. Es un buen muchacho. De todas formas, yo creo que ya es hora de que celebremos una reunión. De lo contrario, nos podríamos olvidar de que somos miembros del Siete Secretos. Jack».

—Parece algo urgente e importante —comentó Janet—. Debes celebrar reuniones con más frecuencia, Peter. ¡Son tan divertidas!...

—Has de tener en cuenta que la mayoría de nosotros se va fuera durante las vacaciones de verano —dijo Peter, que había enrojecido—. No se pueden celebrar reuniones sin asistentes. Desde luego, estoy deseando saber lo que le ocurre a Bob Smith y para qué quiere nuestra ayuda.

—Sólo falta una semana para que empiece el curso —dijo Janet—. Tendrás que apresurarte a convocar la reunión si quieres que acudan todos los miembros.

—Está bien. Yo escribiré tres de las citaciones para la reunión, y tú, Janet, las dos restantes.

Se trasladaron al cuarto de jugar, y cuando su madre se presentó para ver por qué estaban tan quietos, los encontró escribiendo las convocatorias. Miró por encima del hombro de Peter y leyó las líneas escritas por su hijo:

«Te ruego que acudas al cobertizo a las dos y media de la tarde para celebrar una reunión. No se admitirá a nadie que no sepa la contraseña. Tenemos que tratar de un asunto importante. Bob Smith estará presente, pero lo convocaré para cinco minutos más tarde que a los demás, a fin de que no se entere de la contraseña. Traed las insignias. De lo contrario, no se os permitirá la entrada. Peter».

—Es curioso —comentó la buena señora—. ¿Para qué querrá ayuda Bob Smith? Creo que...

—¡Oh mamá! —dijo Janet—. No debiste leer la citación. Podía ser un secreto. Será divertido tener otra reunión, Peter, ¿recuerdas por casualidad la contraseña?

—¡Claro que sí! Pero estoy seguro de que a ti se te ha olvidado.

—Cierto, yo no me acuerdo —confesó Janet. Y sonrió ante la severa expresión de su hermano—. En fin, no importa. La tengo escrita en mi diario. Por lo tanto, me bastará leerla. Pero oye: estabas seguro de que yo la había olvidado. Pero ¿la sabes tú? Apuesto lo que quieras a que tampoco la recuerdas.

—La recuerdo perfectamente —replicó Peter, indignado—. ¡El jefe de los Siete Secretos no puede olvidar estas cosas! La contraseña es el nombre de nuestro perro, o sea *Scamper*. ¡Es muy fácil recordarla!

—Gracias —dijo Janet con una sonrisita burlona—. Ya no tendré que consultar mi diario. Es una contraseña magnífica. ¡*Scamper!*

—¡Guau! —contestó *Scamper*, sorprendido y levantando la cabeza.

Estaba tendido en el suelo esperando a que sus amitos le sacaran a dar un paseo. Se levantó, corrió hacia Peter y apoyó su hermosa cabeza dorada sobre las rodillas del muchacho. Peter acarició la suave y sedosa cabeza.

—Tú también vendrás a la reunión, *Scamper*. A las dos y media en punto. Así que no podrás ir a cazar liebres después de comer. No se te permitirá entrar en el cobertizo si llegas tarde.

Scamper gruñó dulcemente y lamió la mano de Peter. ¿Cómo podía llegar tarde si iría con ellos?

—¿Te has acordado de decir a Jack en tu nota que podía traer a Bob Smith a la reunión? —preguntó Janet.

—Sí, pero ha de decir a Bob que venga cinco minutos más tarde que nosotros. Así no oirá la contraseña y, además, nos dará tiempo para preguntar a Jack qué le ocurre a Bob sin que éste esté delante.

Mientras decía esto, Peter puso la última convocatoria dentro de un sobre.

—Todo arreglado. Ahora vamos a repartir las citaciones.

Inmediatamente se pusieron en camino hacia Peterswood y fueron depositando los sobres en los buzones.

—Confío en que todos puedan venir —comentó Janet—. Nos llevaremos algo para comer y beber. Así lo pasaremos mejor.

—Sí, mamá nos ayudará. Yo también compraré algunas golosinas. Por suerte, aún me queda algún dinero.

—Bien. Pero no compres chokolatines —dijo Janet—. Hasta *Scamper* está cansado de lamer los trozos que se te caen. Lo mejor será que traigas algunos caramelos. Duran mucho y nos gustan a todos. ¡Oh, qué contenta estoy de ver que vamos a volver a reunirnos los Siete Secretos! ¡Ven, *Scamper*! ¡No hemos acabado aún!



No fue muy difícil repartir las convocatorias. Todos se conmovieron al recibirlas.

Jack la recogió y la leyó apenas fue depositada en su buzón. Después salió corriendo detrás de sus dos amigos, que se alejaban por la carretera.

—¡Eh! —les gritó—. ¿De veras vamos a reunimos esta tarde? ¡Bravo! Ya creía que el Club de los Siete Secretos había dejado de existir.

—¡Porque eres tonto! —exclamó Peter—. Tan pronto como recibí tu nota convoqué la reunión. Ahora que todos hemos regresado de las vacaciones es el momento oportuno. Como te digo en la carta, puedes traer a Bob Smith. Le ayudaremos si nos es posible.

—No sé qué es lo que le ocurre a Bob —comentó Jack—. No me lo contó. Pero sí sé que está preocupadísimo. ¡Espero que podremos prestarle nuestra ayuda!

—Entonces nos veremos en la reunión —dijo Peter—. Supongo que, como de costumbre, habrás perdido la insignia.

—Pues la tengo —replicó Jack, indignado—. Porque la perdí una vez ya crees que voy a perderla siempre... Y aquella vez tampoco la había perdido, sino que me la quitó mi hermana Sussy, como sabes muy bien.

—Bueno, pero no grites —contestó Peter con una sonrisa burlona—, no sea cosa que tu terrible hermanita te oiga e intente venir a la reunión con su inseparable e insufrible amiga.

—Las dos se van a una fiesta —comentó Jack—. Así que podemos estar seguros de que no vendrán a molestarnos. ¿Qué querrá decirnos Bob?

—Pronto lo sabremos —dijo Peter—. Por cierto que he decidido que Bob espere fuera del cobertizo unos minutos. Ya lo indico en la convocatoria. Déjalo donde no pueda oír nuestra contraseña.

—Bien —dijo Jack—. Tengo la contraseña anotada detrás del calendario de mi habitación. Es...

—Bien, no lo digas a voces, pues *Scamper* acudiría corriendo —dijo Peter riendo—. ¡Hasta luego, Jack!

Peter y Janet entregaron todas las convocatorias y conversaron un poco con cada uno de los miembros del club. Todos estaban entusiasmados. Los dos hermanos llegaron a casa a la hora justa de la comida. La campana estaba sonando en el momento en que ellos cruzaban la puerta del jardín.

—¡Corre a lavarte las manos! —dijo Janet—. Yo me las lavaré al mismo tiempo para ir más de prisa. Pon el bote de caramelos donde lo podamos ver. Así no nos olvidaremos de ellos.

—¡Vamos en seguida, mamá!

Scamper entró en el comedor corriendo. Tenía más hambre que un lobo. ¿Dónde estaba su escudilla de carne? ¡Ah, ya la veía! ¡Un plato exquisito! Era la carne que prefería. Momentos después el perro y los dos niños comían con excelente apetito. La madre se echó a reír.

—¡Cualquiera diría que ni vosotros ni *Scamper* habéis comido desde hace varias semanas! Te vas a atragantar, *Scamper*. ¿Ves? ¡Ya te lo decía!

Sin embargo, *Scamper* siguió tragando y dio fin a su comida antes de que los niños hubieran dado tres bocados. Luego se fue a su estera y allí se echó gruñendo. ¡Ah, qué rica estaba aquella carne! De buena gana se comería otro plato lleno. Pero nunca le dejaban repetir. Era una pena. Cerró los ojos, soñoliento.

—¡En, no te duermas, *Scamper*! —dijo Peter—. Has de venir a la reunión cuando acabemos de comer, ¿sabes?

—¡Guau! —repuso *Scamper*, amodorrado, con un ojo cerrado y el otro abierto.

—¡Es gracioso! No está despierto ni dormido —comentó Janet.

Y preguntó:

—¿Qué hay en este paquete, mamá?

—Unos cuantos bollos recién hechos para los tragones Siete Secretos —repuso con una sonrisa la buena señora—. Los he hecho esta mañana.

—¡Eres un sol, mamá! —dijo Janet, dándole un abrazo—. No sé por qué la comida nos parece mejor cuando estamos reunidos en el cobertizo charlando. Entonces todo lo encontramos riquísimo.

—Yo llevaré unos caramelos —dijo Peter a su madre—. Y creo que algunos de nuestros compañeros traerán también algo. ¡Una nueva reunión! ¡Qué bien lo vamos a pasar!

A las dos y cuarto, Peter y Janet salieron de su casa con *Scamper* y se encaminaron al cobertizo. Llevaban los bollos, los confites y cuatro grandes botellas de cerveza de jengibre.

—Confío en que alguien traiga algo más de beber —dijo Peter—. Estas cuatro botellas no bastan para siete en una tarde calurosa.

—Seremos ocho —replicó Janet—. Recuerda que también vendrá Bob. Y, contando a *Scamper*, seremos nueve.

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, moviendo la cola en señal de asentimiento.

Nadie había llegado aún al cobertizo. En la puerta destacaban las iniciales C. S. S. Janet abrió de un empujón y paseó la mirada por el interior. Todo estaba en orden, pero hacía falta quitar el polvo. Cogió el plumero de un estante y lo pasó por los cajones que utilizaban como asientos y por la mesita. Colocó el bote de caramelos y la cerveza de jengibre en la mesa y comprobó que los tapetes de plástico de las estanterías estaban limpios. ¡Qué emocionante sería dar de nuevo la bienvenida a los compañeros de club!



Alguien golpeó la puerta y al punto dijo Peter:

—La contraseña, por favor.

—*Scamper* —repuso una voz apagada.

Y se oyeron nuevos pasos y nuevas voces que decían en tono bajo la contraseña:

—¡*Scamper!* ¡*Scamper!* ¡*Scamper!*

El perro de aguas estaba satisfechísimo de oír su nombre tan a menudo. Empezó a lanzar fuertes ladridos e iba lamiendo, nervioso, a todos los que entraban.

—¡Quieto, *Scamper!* Nunca volveré a usar tu nombre como contraseña si te pones así —le advirtió Peter—. Cualquiera diría que eres tú y no yo el que va a presidir la reunión. ¡Quieto te he dicho!

Scamper se sentó. Su cola ondeaba detrás de él. ¡Oh, qué felicidad estar de nuevo reunidos los siete! Colin, Pamela, Bárbara, Jorge, Jack, Peter y Janet.

Jack había entrado solo, dejando fuera a su amigo Bob, como se le había dicho. Todos se sentaron y Peter ocupó su taburete a la cabecera de la mesa.

—¡Bienvenidos! —dijo—. Me alegro de que todos os hayáis acordado de la contraseña, y también de que la hayáis dicho en voz baja. Bien, Jack: ¿quieres decirnos por qué has pedido que se celebre esta reunión? Pero primero que pase Bob. Debe de tener muchas cosas que contarnos.

Bob Smith lo cuenta todo

Pronto empezó la sesión en el club de los Siete Secretos.

Jack se puso en pie y explicó por qué había pedido la reunión para aquella tarde. Parecía preocupado y hablaba lentamente.

—Muchas gracias, Peter, por haber convocado tan rápidamente la reunión. La he pedido porque Bob me ha contado ciertas cosas. Ayer vi que estaba muy preocupado y le pregunté qué le ocurría. Entonces él me habló del viejo Tolly.

—¿El viejo Tolly? ¿Ese que vive en una casa en ruinas en lo alto de la colina? —preguntó Peter, interesado—. ¿Qué le pasa? Explícanos todo lo que sepas, Bob.

—Vive sin más compañía que la de su viejo caballo y su perro —empezó a decir Bob—. Habréis visto muchas veces su hermoso caballo de pelo castaño y blanco. Tiene un bonito nombre. En la casita de Tolly hay dos habitaciones: el viejo ocupa una y *Browny*, el caballo, la otra.

—¡Es chocante! —comentó Pamela.

—No tanto como parece —replicó Bob—. El viejo quiere mucho a su caballo. Cuando trabajaba para el granjero que tiene sus tierras en la parte baja de la colina, Tolly y el caballo estaban juntos todo el día. Entonces el caballo pertenecía al granjero. Era fuerte y podía arrastrar el arado y los carros, y hacer todos los trabajos por pesados que fueran. Pero un día que tiraba de una carreta cargada de grandes piedras, e iba colina abajo, a causa del mucho peso, la carreta corrió demasiado para el viejo animal, y volcó sobre sus patas traseras. *Browny* se quedó cojo. Y desde entonces ya no pudo hacer ningún trabajo pesado.

—¿Qué más? —preguntó Peter.

—El granjero acusó a Tolly del accidente. Dijo que iba a matar al caballo, que no podía gastar dinero en forraje para un animal que no se ganaba la comida.

—¡Qué horror! —Exclamaron a la vez Janet y Pamela mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¡Pobre caballo!

—A Tolly se le partía el corazón —continuó Bob—. Estaba seguro de que el veterinario, ese señor llamado Whistler, podía curar al caballo de su cojera y le mandó llamar.

—¡Así se hace! —exclamó Peter. Y todos asintieron.

—Sí, estuvo bien que llamara al veterinario, pero esto no fue bueno para el pobre viejo Tolly —comentó Bob—. Aunque el caballo era suyo, el granjero no quiso pagar los gastos y dijo al veterinario que mandara la cuenta a Tolly. La factura era de más de siete libras.

—¡Madre mía! —exclamó Peter—. ¡Siete libras nada menos! Seguro que Tolly no pudo pagarla.

—¡Claro! —dijo Bob—. Todavía no ha podido pagarla. Es viejo y no puede trabajar lo necesario para reunir esa cantidad. Su preocupación es tan grande, que

incluso ha enfermado. Ayer fui a verlo y le llevé unos huevos frescos que me dio mi madre para él. En otro tiempo trabajó para nosotros, y lo apreciamos. Entonces me contó todo esto y me enseñó la factura del veterinario. A mí me sorprendió. Considero que la cantidad es excesiva.

—Mi padre no llama a ese veterinario —dijo Peter—. Dice que es demasiado joven y duro. Todavía no ha tomado cariño a los animales. Se negó a venir una noche en que a una de nuestras vacas le cayó un árbol encima. El pobre animal estaba aterrado. Había perdido uno de sus cuernos.

—¿Hará que encarcelen a Tolly si no le paga? —preguntó Pamela con voz ahogada.

Hubo un silencio angustioso. Los niños veían al pobre Tolly solo en la cárcel, sin su querido perro y sin su caballo y gran amigo.

—¿Y qué deseas de nosotros? —preguntó Peter—. ¿Que te aconsejemos? ¿Que hagamos algo?

—Yo no sé cómo ayudarlo, y me he dicho que acaso vosotros, los Siete Secretos, lo pudieseis hacer.

Con un gesto de preocupación, Bob paseó su mirada por los semblantes de los siete y continuó:

—¿Cómo puede ese pobre viejo pagar la factura? ¿Dónde podría esconder al caballo para que el granjero no se lo quite y lo mate? Yo me siento incapaz de resolver estos problemas, y he pensado que tal vez vosotros, los Siete Secretos, podáis hacer algo.

Hubo un breve silencio. Luego habló Janet. Sus ojos brillaban.

—Estoy dispuesta a vaciar mi hucha para contribuir al pago de la factura del veterinario. Así, el granjero no tendrá que pensar en esto. ¡Qué hombre tan miserable!

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—¡Sí, claro, eso es lo primero que hay que hacer: pagar la factura!

—¡Pues no! Yo creo que lo primero que hay que hacer es encontrar un sitio para guardar el caballo. No debemos dejarlo al alcance de la mano de ese desalmado granjero.

Así opinó Pamela. Y lo hizo con gran energía.

—Pamela tiene razón —dijo Peter, golpeando la mesa para imponer silencio—. Pamela tiene toda la razón. Debemos quitar al caballo del alcance de la mano del granjero, si es posible.

—Lo difícil es encontrar un sitio para tenerlo —dijo Jorge—. Es un caballo enorme. Necesita un gran establo, no un reducido cobertizo.

—Oye, Peter —dijo Janet—. ¿Nos lo dejaría papá tener en uno de nuestros establos? Papá no nos cobraría nada, naturalmente.

—Buena idea, Janet —dijo Peter—. Pero piensa que si lo tenemos en nuestros establos, ese granjero sin entrañas puede acusarnos de habérselo robado.

—¡Dios mío! —exclamó Pamela—. ¿Qué podríamos hacer? Pues tenemos que

hacer algo.

—Podríamos averiguar cuánto pide el granjero por el caballo y procurar recoger dinero suficiente para comprárselo —dijo Jorge—. Todos tenemos hucha. Sí al vaciarlas vemos que no tenemos bastante, procuraremos ahorrar algo más. ¿Para qué serviríamos los Siete Secretos si no pudiéramos resolver un asunto como éste?



Bob enrojeció de entusiasmo. Se puso en pie y habló con grave acento a los reunidos. Dijo que sabía que los Siete Secretos harían algo y que lo harían bien.

—Sois magníficos. No tengo palabras para expresar mi admiración.

—Basta, Bob —dijo Peter modestamente—. Te agradecemos que hayas acudido a nosotros. Puedes estar seguro de que haremos algo, naturalmente con tu ayuda. Tú no puedes ser miembro de los Siete Secretos, pero sí colaborar en todo lo que hagamos respecto a ese problema.

Luego Peter se dirigió a todos los reunidos.

—Pediré a mi padre que nos deje un hueco en uno de nuestros establos. Bob, ¿podrás encargarte de averiguar lo que importa exactamente la cuenta del veterinario, y si es una sola factura o varias? Si te puede entregar la cuenta, mejor... También podríamos pedirle una rebaja.

—Lo cierto es —dijo Bob— que, aunque se le haga una rebaja, el viejo Tolly no puede pagar. Cobra un retiro, pero esto es poca cosa. Y aunque hace algún trabajito aquí y allá, sólo gana con ellos unos cuantos chelines.

—Hay que limpiar de hierbas nuestro huerto —dijo Jorge—. Pediré a papá que encargue este trabajo al viejo Tolly.

Las ideas acudían con rapidez a las mentes Infantiles, y todos se sintieron apesadumbrados cuando, después de golpear la puerta, la madre de Peter asomó la cabeza y dijo:

—Lo siento, pero habréis de terminar. Es demasiado tarde.

—Está bien, mamá —contestó Peter. Esperó hasta que su madre hubo marchado y añadió—: Ahora oídme todos. Este asunto requiere que pensemos bien las cosas. Voy a dar por terminada la reunión. Que cada cual se vaya a su casa, medite sobre el caso y trate de hallar el modo de solucionar el problema. Volved mañana por la mañana a las diez. Tú también, Bob. Entonces exponremos nuestras ideas y entre todos decidiremos lo que pueden hacer los Siete Secretos para prestar su ayuda del modo más eficaz posible. Esta noche preguntaré a mi padre si podemos disponer de algún cobertizo o de algún rincón en nuestros establos. Esto es lo que considero más importante en este momento.

—¡Oh, gracias, Peter! —exclamó Bob, radiante de satisfacción—. Esta noche no pensaré en el asunto pues estoy seguro de que vosotros habréis encontrado mañana una solución magnífica. Envidio vuestra inteligencia.

—Tienes algo mejor, Bob —dijo Pamela inesperadamente—: un buen corazón.

Sacaron los buñuelos y la cerveza de jengibre También los caramelos, chocolate y galletas que habían traído Pamela y Jack. ¡Un verdadero festín!

Muchachos del Siete Secretos, medita y decidid lo que hay que hacer.



Ideas en abundancia

Exactamente a las diez de la mañana siguiente empezaron a oírse golpes en la puerta del cobertizo que utilizaban los Siete Secretos para sus reuniones. La contraseña, que seguía siendo *Scamper*, se decía en voz baja, y el perro, que estaba en el interior con Peter y Janet, levantaba alegremente las orejas cada vez que oía su nombre. Y gruñía de felicidad mientras los miembros del club iban entrando y tomando asiento.

El último en llegar fue Bob. Estaba sin aliento de tanto correr.

—He tenido que hacer un recado a mi padre —jadeó—. Perdonadme si he llegado tarde.

—No hubiésemos empezado sin ti —dijo Peter—. Conviene que todos estemos presentes. Empieza la sesión. Dejad de charlar, Pamela y Bárbara; haced el favor.



Las dos niñas callaron al punto y se volvieron hacia Peter. Iba a ser una reunión emocionante y de gran importancia. Nadie quería perder una palabra.

—Ha empezado la sesión —dijo Peter—. Por favor escuchad, porque si todos empezamos a hablar unos con otros, no haremos nada de provecho. En primer lugar, he de deciros que Janet y yo hemos pedido a nuestro padre un sitio en nuestros establos para el caballo del viejo Tolly.

—Nos dijo que sí —intervino Janet, entusiasmada, pero enmudeció en seguida ante la severa mirada que le dirigió su hermano.

—¡Estoy hablando yo, Janet! Por favor, déjame acabar.

—Perdón —dijo Janet, poniéndose colorada.

—Me complace decir que mi padre —continúa Peter— sintió mucho lo del viejo Tolly. Dijo que el granjero de la colina es un hombre sin corazón. Añadió que de buena gana nos daba un lugar en los establos para el caballo de Tolly, sin cobrarnos nada; pero que Janet y yo tendríamos que encargarnos de limpiar esa parte de la cuadra para no aumentar el trabajo del mozo.

—Yo os ayudaré —prometió Jorge—. No hay razón que Janet y tú os carguéis

todo el trabajo. La limpieza de los sábados dejadla para mí.

—Todos trabajaremos por turno —dijo Colin—. ¡No faltaba más! Todos hemos asumido esta responsabilidad y debemos compartirla en todo. Yo vendré los lunes después de la merienda.

—Y yo tantas veces como pueda —dijo Bob—. Lo haré con mucho gusto. Es decir, si a los Siete Secretos no les importa mi intromisión.

—Me parece que lo mejor será que te nombremos miembro temporal —dijo Peter.

Todos asintieron al punto. Entonces el jefe del club golpeó solemnemente la mesa, y dijo con un acento de persona mayor:

—Propongo que nombremos a Bob Smith miembro temporal hasta que el asunto que el propio Bob ha puesto en nuestras manos esté solucionado definitivamente. ¿Está de acuerdo la asamblea con esta proposición?

Todos manifestaron su aprobación en voz muy alta.

—Ahora —dijo Peter— desearía saber si Bob ha averiguado a cuánto asciende exactamente la factura del veterinario.

Todos miraron a Bob tan gravemente, que éste no pudo menos de ponerse en pie. Sintiendo que le flaqueaban las piernas, devolvió la mirada a todos sus amigos y tartamudeó:

—Gracias por haberme nombrado tiempo inmemorial... digo, miembro temporal de vuestro club. Sois muy amables... Sí, he averiguado lo que importa la factura del veterinario. Fui a ver al señor Whistler y le pregunté cuánto le debía el viejo Tolly.

—¿Y qué te contestó? —le apremió Peter.

—Se mostró extrañado y me preguntó por qué quería saberlo. Yo le expliqué entonces que el viejo Tolly nos daba mucha pena porque temía que mataran al caballo si no pagaba las facturas, y que pensábamos hacer lo imposible para reunir algún dinero y que le iríamos pagando si él quería esperar.



Bob se detuvo para tomar aliento. Todos le miraban con ansiedad. ¿Qué había contestado el veterinario?

—El veterinario se portó muy bien. Dijo que él no sabía que era Tolly el que tenía que pagar y me prometió reducir la factura a la mitad. Luego me encargó que dijera a Tolly que no se preocupara y que seguiría visitando al caballo para ver cómo estaba, y que ya no le cobraría un penique jamás.

—¡Ha sido un rasgo hermoso! —exclamó Janet con cara resplandeciente—. ¿Le dijiste que nosotros se lo pagaríamos todo si nos daba tiempo para ahorrar el dinero?

—Sí, y se mostró tan extrañado, que estoy seguro que no me creyó. Me preguntó cómo podríamos ahorrar tanto dinero. Pues la factura sube más de lo que creíamos y, aunque él la rebajara a la mitad, quedarían casi ocho libras. Me explicó que las patas de *Brownny* habían necesitado cuidados diarios durante bastante tiempo y que por eso subía tanto la factura. La deuda es de quince libras y diez chelines, de modo que la mitad es siete libras y quince chelines.

—¿Qué le contestaste? —preguntó Peter.

—Le dije que habíamos hablado del asunto en una reunión del Siete Secretos y que hoy tomaríamos una decisión definitiva. No quise prometer nada por mi propia cuenta. Luego le pregunté si podíamos hacerle algún trabajo propio de nuestra edad.

—¿Y qué? —preguntó Colin, interesado.

—Me dijo que su dependiente, Fred, al que ya conocéis, que despacha las medicinas para los animales visitados durante el día, le había pedido dos semanas de vacaciones para pasarlas con su abuelo, y que si alguno de nosotros quería hacer el trabajo durante su ausencia le pagaría lo mismo que le paga a él.

—¿Cuánto? —Preguntaron tres o cuatro voces a la vez.

—Dos chelines y seis peniques cada noche —dijo Bob—. Yo me ofrecí a ocupar

el puesto de Fred mientras éste esté fuera. Si gano la cantidad que os he dicho durante quince días... Vamos a ver Quince días a dos chelines y seis peniques son son...

—¡No estás fuerte en cuentas, Bob! —dijo Jack—. En quince días ganarás exactamente treinta y cinco chelines, o sea, una cantidad importante. Con ella pagaríamos casi una cuarta parte de la factura del veterinario. ¡Qué suerte que hayas conseguido ese trabajo para quince días! Si te cansas, uno de nosotros ocupará tu sitio.

—No me cansaré, no me cansaré —dijo Bob— a único inconveniente es que una vez por semana he de ir a ensayar con el coro. Entonces sí que habrá de sustituirme uno de vosotros.

—Bien. Yo te sustituiré la semana próxima —exclamó Peter—. ¡Qué suerte poder ganar una cuarta parte del importe de la factura! Has cumplido tu misión estupendamente, Bob.

Bob se sentó. Había enrojecido de orgullo. Estaba resuelto a ser el mejor dependiente que el veterinario había tenido. Decidió preguntar a éste si podría limpiar sus perreras, en las que a veces tenía perros hospitalizados. Esto podía representar un ingreso más. Y quizá le permitiera también el señor Whistler dar de comer a los gatos por las mañanas, y además...

La mente de Bob galopó de tal modo, que cuando llegó al término de su carrera, los trabajos que el veterinario podía proporcionarle eran tantos, que parecía que el veterinario fuera él.

En verdad, era emocionante pertenecer al Siete Secretos... Pero tal vez habría que llamarle temporalmente el Ocho Secretos...

Bob decidió portarse de modo que el club no hubiera tenido nunca un miembro mejor que él. Su corazón rebosaba de orgullo. ¡Miembro del Siete Secretos y empleado del veterinario! ¡El mundo era suyo!

Tolly, Brownny Y Codger

Aquella noche, Peter, al acostarse, empezó a pensar en la afortunada reunión celebrada aquel día por los Siete Secretos. Entre él y Janet habrían de limpiar parte de los establos como pago de la estancia del caballo de Tolly. Los demás también tendrían que trabajar en la limpieza del establo. Bob desempeñaría su empleo nocturno, y ellos lo sustituirían cuando él lo solicitara. Seguramente había bastante dinero en las huchas de los Siete Secretos. Estos ahorros permitirían comprar el pienso del caballo de Tolly. ¡No iba a comer sólo hierba!...

Los pensamientos de Peter eran cada vez más confusos. Se iba hundiendo en el sueño. Se sentía feliz. Sus preocupaciones respecto a Tolly y su caballo se esfumaban y sus ojos se iban cerrando. Sus últimos pensamientos fueron para las huchas. Debía decir a sus compañeros que las... que abriesen las... que las... Y al llegar a este punto se hundió definitivamente en el sueño, en sueños extraños... Tolly, disfrazado de caballo, corría y entregaba botellas de medicina a todas las vacas que pacían en los dominios de su padre.

A la mañana siguiente, Peter y Janet se dirigieron, en compañía de *Scamper*, a la vivienda del viejo Tolly, la ruinoso casita de la colina. Tenían que comunicarle las buenas noticias: que los Siete Secretos reunirían el dinero necesario para pagar la factura del señor Whistler. Así se libraría del temor de tener que vender su caballo.

Allí estaba la casita blanca destacando en la ladera de la colina. Abajo, en el valle, un rebaño de corderos mordisqueaba la fresca hierba del prado. *Codger* correteaba, jugando, alrededor del rebaño. Era un perrito simpático, pero feo, que consideraba a su dueño como el mejor hombre del mundo.

—Tolly no está con los corderos —dijo Janet mirando hacia la colina—. Debe de estar todavía en su casa. Vamos a verlo.



Apenas vio el perrito que los niños se encaminaban a casa de su dueño, se dirigió a ellos a todo correr, ladrando ferozmente. ¿Quiénes eran aquellos chicos que se atrevían a acercarse a la casa de su dueño? Ladraba alrededor de sus tobillos, de tal modo, que Janet estaba un poco asustada.

—No hagas caso de sus ladridos —dijo Peter—. Se porta como un buen perro guardián. ¡Ven aquí, escandaloso, y acompáñanos al lado de tu dueño!

Tolly no estaba en su casa. Los niños golpearon a puerta repetidamente y, al fin, decidieron empujarla. La puerta se abrió. Los niños miraron hacia el interior. Todo estaba en orden y perfectamente limpio. Aquello no podía ser obra del viejo Tolly.

Dieron la vuelta a la casa. En la parte trasera había un jardincillo, un pequeño huerto y un lavadero. Allí vieron a una mujercita delgada recogiendo una sábana tendida.

—Buenas —dijo Peter—. ¿Está el señor Tolly?

—No. Se ha ido de compras —repuso la mujercita—. Mirad. ¿No es él aquel que sube por la colina? Id a su encuentro y ayudadle a llevar su carga.

Los dos chicos fueron al encuentro de Tolly y este se alegró de poder librarse de sus paquetes. Su perro fue a su encuentro con grandes muestras de alegría y lanzando fuertes ladridos. Había regresado su querido dueño. *Scamper*, que seguía acompañando a los niños, saltaba alegremente alrededor del viejo, al que conocía. Tolly se reía de buena gana. Descansó en un asiento de madera que él mismo había construido años atrás.

—¡Qué cuesta! —exclamó—. ¡Cada vez es más empinada, creedme! Esperad un minuto y podré respirar de nuevo. Os habéis hecho amigos de *Codger*, ¿verdad? Tiene ya catorce años, pero vale tanto como un perro de cinco. ¡Quieto, *Codger*! ¡Vas a estropear la blusa de esta jovencita!

—¡Oh, no me importa que salte sobre mí! —dijo Janet—. Es muy simpático. Tiene una cara preciosísima. Me gustan los perros de cara simpática. Algunos tienen cara de fieras.

—Sí, es muy cariñoso —dijo Tolly—. Hace dos años me rompí una pierna y quedé tendido en el suelo al pie de la colina. *Codger* permaneció a mi lado toda la noche a pesar de que llovía. El pobrecito estaba empapado y temblando de frío, pero se pegó a mí para darme el calor de su cuerpo. A la mañana siguiente fue a casa del granjero y empezó a tirar de su abrigo para llevarlo a mi lado. Es muy buen chico este perro. También mi viejo caballo es bueno. Soy feliz, sí, muy feliz. Tengo los dos mejores amigos que un hombre pueda tener: un caballo y un perro. Venid y veréis mi caballo.

Se dirigieron a la casa en ruinas. Un caballo castaño y blanco asomó su gran cabeza por encima de la media puerta de la cuadra y husmeó a Tolly y a los niños. Trató de oliscar también a *Codger*, pero no pudo estirar tanto el cuello. *Codger* saltó y le lamió el morro. Tolly abrió la puerta y el gran caballo salió al punto, cojeando, se arrimó a Tolly y allí se quedó.

El viejo acarició al perro y al caballo y les dirigió unas palabras cariñosas. Parecía cansado y enfermo. La mujercita apareció con una taza de té.

—Siéntese y tómese esto. La caminata cuesta arriba ha sido muy pesada para usted. Deje en paz su caballo. Está la mar de bien. Usted lo trata como a un hijo y él

también se porta con usted como una madre. ¡Fijaos cómo le olfatea! ¿Lleva usted galletas en los bolsillos?

—Sí —repuso Tolly—. *Brownny* las ha olido.

—¡Tiene que llevar mucho cuidado! —dijo la mujercita en broma—. He oído decir que rondan por aquí ladrones de caballos. Le podrían robar el suyo.

El viejo se dejó caer en una silla. Daba muestras de inquietud.

—¡Ladrones de caballos! —murmuró—. Les gustaría llevarse a mi *Brownny*. Es un pura sangre. Ganó muchos premios cuando era joven. Todos los tengo guardados. Ahora veréis. ¡Ladrones de caballos, ladrones de caballos...! ¿Dónde podría esconder a mi *Brownny*?

—Si cree usted que hay peligro de que roben a *Brownny*, llévelo a nuestros establos —dijo Peter—. Ya habíamos pensado tenerlo allí si a usted le parecía bien. No puede volver a esa horrible granja. Lleve también a *Codger*. Como ve, se ha hecho amigo de *Scamper*. Corre tanto como nuestro perro de aguas; quizá más. Puede quedarse usted en nuestra casa, para estar cerca de su caballo y de su perro. En la cabaña tendrá espacio suficiente. Ahora está vacía, por haber terminado la época de la cría de corderos.

—¡Oh, sí, señor Tolly, haga lo que le dicen estos chicos! —dijo la mujercita, que escuchaba atentamente—. Llévase el caballo al establo de Peter, y también a *Codger*. En la barraca del pastor estará la mar de bien. Mi hermana Inés le cuidará a usted y se encargará de todos los trabajos caseros de la cabaña. Váyase ahora mismo con los muchachos. Conozco a su madre porque trabajé en la limpieza que hizo en su casa la pasada primavera. Estoy segura de que le encargará algún trabajo fácil, algo que pueda usted hacer. Y durante su ausencia, yo haré aquí una limpieza general.

El viejo no sabía qué decir. Peter le cogió del brazo.

—¡Véngase con nosotros! No dé lugar a que le roben a *Brownny*. En nuestros establos estará seguro. ¡Vamos, vamos!

Antes de que el viejo Tolly se diera cuenta exacta de lo que ocurría, se vio bajando por la colina hacia el valle, hacia el pintoresco paraje donde se hallaba la finca de Peter. *Brownny* y *Codger* iban detrás del grupo. Tolly estaba confuso y asustado desde que había oído hablar de los robos de caballos. Recordaba con tristeza que, cuando trabajaba en la granja, los ladrones de caballos se le llevaron seis de los mejores y más queridos.



—¡Eh! —exclamó de pronto—. Reconozco que el viejo *Browny* estará a salvo en las cuadras de vuestro padre, jovencitos. Yo podré dormir a su lado. Quizá vuestro padre quiera darme algún trabajo que yo pueda hacer. No quiero volver a trabajar para Dinneford. Es un hombre muy duro. No sabe que los animales, además de ser mantenidos, han de ser queridos. No ama a los corderos ni a su perro. Y quería matar a *Browny*, al que ha explotado durante años y años, sólo porque el pobre animal se rompió las patas traseras mientras trabajaba para él.

—No piense más en eso —dijeron a la vez Peter y Janet.

Pero el viejo seguía con su preocupación.

—*Browny* pertenece a Dinneford y no a mí, pero he estado junto a él años enteros y ahora es para mí como un hermano. Se me partió el corazón cuando vi que aquella pesada carreta se volcaba sobre sus patas traseras.

Janet se conmovió al ver que una gruesa lágrima resbalaba lentamente por las ásperas mejillas de Tolly. Enlazó con su brazo el del viejo.

—Se acabaron sus preocupaciones —dijo—. Usted vivirá en la cabaña del pastor, y viendo a *Browny* seguro en nuestra cuadra, se sentirá muy feliz.

—El veterinario vendrá a verlo hasta que esté completamente curado —dijo Peter en su deseo de tranquilizar al pobre viejo.

Pero no lo tranquilizó, sino todo lo contrario. Tolly se detuvo en seco y retiró el brazo del de Peter. Le miró con un gesto de inquietud.

—¿El señor Whistler? —exclamó—. Me mandarán a la cárcel, si no pago su cuenta. Eso me ha dicho el señor Dinneford. Me mandarán a la cárcel y entonces tendré que abandonar a mi perro y a *Browny*. El señor Dinneford no se preocupará de alimentarlos, y cuando yo salga, ya se habrán muerto. No, no, amiguito. Eres muy bueno, pero no quiero volver a ver al señor Whistler. El señor Dinneford dice que soy

yo quien ha de pagar la cuenta del veterinario, ya que, según él, tuve la culpa del accidente. Sabe que quiero a *Brownny* como si fuera mío. ¡Hemos trabajado tantos años juntos para el granjero! Y ahora...

Se detuvo y acarició a *Codger*, que parecía muy triste porque notaba que su dueño hablaba con amargura. Lamió cariñosamente la mano de Tolly.

—¿Cuánto pediría el señor Dinneford por *Brownny*? —preguntó Peter.

—*Brownny* no puede ser útil ya —dijo Tolly sin escucharlo—. Es viejo. Además, ya sabéis cómo tiene las patas traseras. No sirve para el trabajo de la granja. Sin embargo, gasta tanto en pienso como antes y las facturas del veterinario son crecidas. Estoy inquieto porque me parece que Dinneford cree que no vale la pena seguir manteniéndolo y lo enviará al matadero.

—No se preocupe —dijo Peter, aunque no estaba menos preocupado que Tolly—. Haremos cuanto sea necesario para que no lo maten. Janet y yo hemos pensado comprar el caballo. Así estaría completamente a salvo, ¿no le parece?

Janet miró a Peter con un gesto de sorpresa. ¿Comprar el caballo? ¿De dónde sacarían el dinero? ¿Qué diría su padre? ¿Lo vendería Dinneford? Seguramente. Pero pediría un precio elevado si sabía que alguien tenía interés en comprarlo. Janet tiró de la manga a Peter.

Pero él le apartó la mano con cierta brusquedad.

—Diga, Tolly. ¿Qué precio cree usted que pondrá Dinneford al caballo?

Tolly se sorprendió tanto al decirle Peter que él y Janet pensaban comprar a *Brownny*, que no pudo responder. Se quedó mirando a Peter, perplejo. Abría y cerraba la boca como un pez.

—Diga: ¿qué puede costar *Brownny*? —repitió Peter una vez más—. ¿Acaso diez libras?

—¡Oh, más! Desde luego, más —pudo al fin decir Tolly—. Entre tú y tu hermanita no podéis comprar un caballo. ¿Qué os dan para vuestros gastos, seis peniques a la semana?

—Tenemos nuestros ahorros —dijo Peter—; pero no podríamos reunir más de diez libras entre los dos.

Tolly movió la cabeza.

—Dinneford pedirá lo menos veinte —dijo—. Yo creo que este precio es excesivo para un caballo viejo y que no está bien de las patas traseras, pero pedirá esa cantidad. Hay que pensar también que *Brownny* puede empeorar, y entonces ya sólo serviría para ir mordisqueando la hierba.

Peter daba muestras de preocupación. Qué lástima no ser una persona mayor. Entonces podría hacer lo que hacía su padre: ir al banco y sacar grandes cantidades de dinero. Así le sería fácil comprar a *Brownny*.

—Mis amigos y yo procuraremos pagar la cuenta del veterinario —dijo Peter—, se lo digo para que no se preocupe por este asunto. No tenemos dinero suficiente, pero lo reuniremos. Uno de nuestros amigos trabaja por las noches en casa del

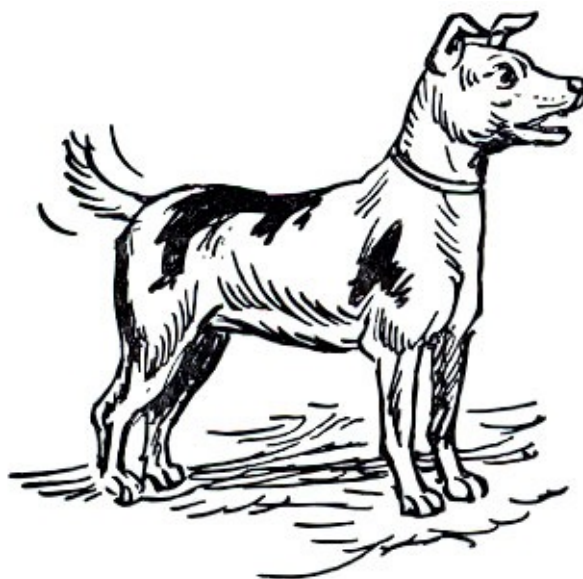
veterinario. Reparte medicinas. Cree que podrá ahorrar treinta y cinco chelines en dos semanas.

—Y papá dice —añadió Janet— que si limpiamos parte de la cuadra mientras *Brownny* esté en ella, no nos costará nada la manutención del caballo. Además, estoy segura de que todos encontraremos nuevas formas de obtener dinero. Así que no se preocupe, señor Tolly. Estamos seguros de que reuniremos lo suficiente para pagar al veterinario, y de que *Brownny* no correrá ningún peligro estando en nuestra cuadra y se sentirá feliz en compañía de otros caballos. Todos son pacíficos y no dan coces como otros. Estoy segura de que les gustará tener con ellos a *Brownny*.

—¡No puedo creer esas cosas tan hermosas que me estáis diciendo! —exclamó Tolly mirando emocionado a los dos niños—. He oído decir que vuestro padre es un hombre bondadoso y ahora veo que sus hijos son como él. *Brownny* y yo dejaremos a Dinneford para siempre. Dejaré aquí el caballo y vendré a dormir a la cuadra por las noches. Sólo trabajaré una semana más para Dinneford. Me buscaría si le dejara plantado sin previo aviso. Pero no digáis a nadie que *Brownny* está aquí, no sea que el granjero se entere y venga por él. Ni una palabra a nadie.

—Puede estar tranquilo: no diremos nada —dijo Janet—. Bueno, ya hemos llegado. Entremos en la cuadra. Ya hemos escogido un pesebre para *Brownny*. Estará al lado de un caballo hermoso y dócil y tendrá pienso en abundancia.

Todos entraron en la cuadra. *Codger* movía la cola vertiginosamente. Entonces ocurrió algo extraordinario. *Brownny* lanzó un relincho cuando olió a caballo y empezó a patear el suelo como diciendo: «¡Oh, qué felicidad!».



En la cuadra no había ningún caballo. Todos estaban trabajando o paciendo.

Brownny empezó a mordisquear el pienso del pesebre.

—¡Fijaos! Ya se siente como en casa propia —dijo Peter—. ¡Qué caballo tan noble! Aquí estás seguro, *Brownny*. Venga esta noche a dormir con él, señor Tolly. Así los dos estarán tranquilos y serán felices.

El veterinario de la policía visita a *Browny*

Aquel día, después del anochecer, llegó Tolly a casa de Peter para dormir en la cuadra con *Browny*. Se encontró con el padre de los niños, que le esperaba.

—Hola, Tolly. He visto su caballo, mejor dicho, el del señor Dinneford, a salvo en nuestro establo. Me alegro de tenerlo aquí, ya que, según dicen los niños, existe el peligro de que le maten a causa del accidente que sufrió. Pero, ¿qué dice el señor Dinneford de todo esto? Espero que se lo haya notificado. He examinado las patas traseras del caballo y he visto que todavía no está curado. No creo que sirva ya para el trabajo de la granja. Es un animal hermoso y de fuerte constitución.

—Sí, señor —dijo Tolly, inquieto—. El veterinario dijo que, a su juicio, las patas de *Browny* mejorarían, pero muy poco a poco, señor. Ya conoce usted al señor Dinneford. Es un hombre... muy nervioso. No quiere gastar dinero dando de comer a un animal que no puede trabajar mucho...

—Sí, sí. Ya sé cómo es su amo —dijo el padre de Peter—. Desde luego, usted y el caballo pueden dormir en mi establo, a fin de que no se sacrifique a *Browny*. Si usted se ha despedido ya del señor Dinneford, puedo tomarlo a mi servicio. Necesito un hombre para pequeños trabajos: cuidar de los caballos y los corderos, ciertas tareas del campo... ¿Qué le parece?

—Le estoy muy agradecido, señor —dijo Tolly con los ojos brillantes—, agradecido de verdad. He avisado al señor Dinneford de que dejaría de trabajar en la granja, y él se ha enfadado conmigo y me ha dicho que me fuera inmediatamente. Además, y esto es lo peor, me ha asegurado que mataría a *Browny* esta noche, puesto que yo no estaría con él para atenderlo y cuidar sus patas enfermas. Todas las noches hay que frotarlas con este linimento recetado por el veterinario. El señor Dinneford dice que el veterinario da demasiada importancia al asunto. Pero lo cierto es que este linimento es excelente, señor. Va bien para las patas de *Browny*: lo he comprobado.

—Entonces, no deje de aplicárselo. Usted tendrá a su cargo a *Browny* y mis hijos serán sus ayudantes. No se preocupe por el caballo, ya que aquí está seguro. De todas formas, me pondré en contacto con la policía para evitar un posible contratiempo.

—Bien, señor —dijo Tolly.



Se quitó la gorra para despedirse y se alejó pensando:

«Me encantará trabajar para un hombre como éste. Sabe lo que quiere, es bueno, sensato y justo. ¡Y tengo a mi viejo *Bronny*! Pero ¿qué pasará si el señor Dinneford viene en su busca?».

Pero el padre de Peter ya había pensado esta posibilidad y telefoneó a la policía. Explicó que había tomado a su servicio a Tolly y que éste había traído a *Bronny* a sus cuadras.

—Dinneford quiere matar al animal: por lo menos, así lo dice —dijo el padre de Peter al sargento de la policía, que era el que se había puesto al teléfono—. Estoy dispuesto a comprárselo a un precio razonable para que no lo mate. El pobre animal está cojo de las patas traseras, de modo que su utilidad es muy escasa. Pero puede curarse. ¿Cree usted que debo llamar al veterinario para saber lo que opina y poder contestar a Dinneford si este señor pide un precio desmesurado por el caballo?

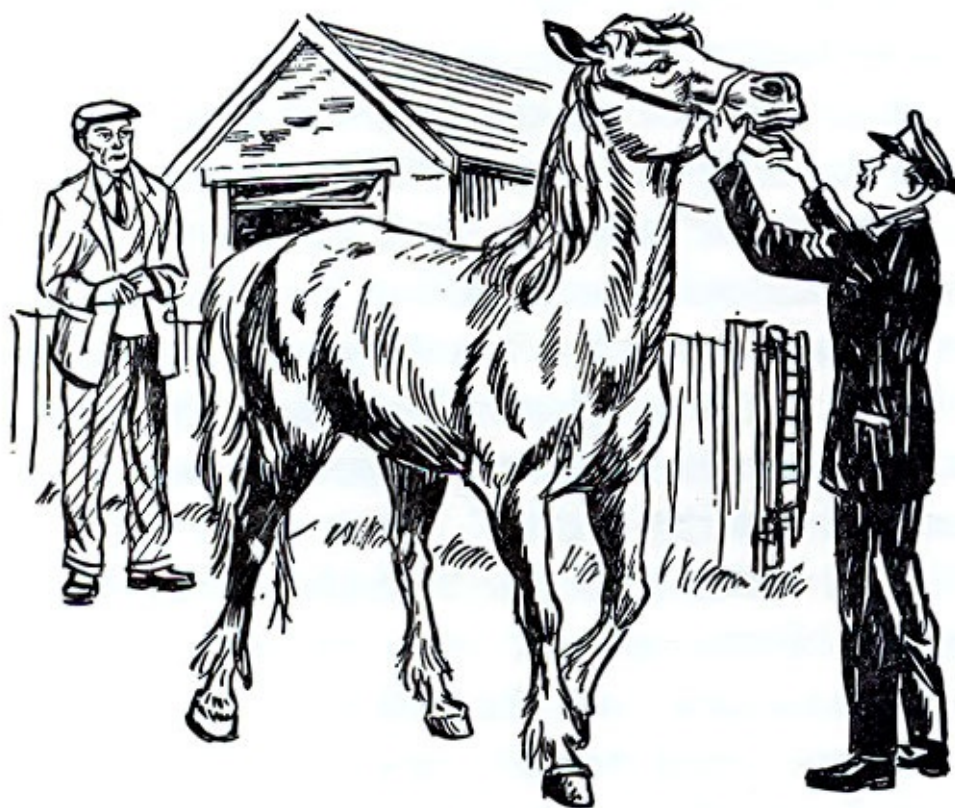
—No, no llame al señor Whistler —respondió el sargento—. Irá a verlo nuestro veterinario. Pronto estará aquí, pues tiene que visitar a nuestros caballos, esos que usan dos de nuestros agentes para recorrer los lugares donde hay grandes aglomeraciones. Es maravilloso lo que puede hacer un caballo cuando las multitudes se apiñan e interceptan el paso. La gente se dispersa inmediatamente cuando ve que los caballos de la policía se acercan galopando. Diré a nuestro veterinario que vaya a su casa esta noche. Buenas noches, señor.

El veterinario de la policía se presentó en casa de Peter aquella noche. Era un hombre elegante, apuesto y que tenía mucha prisa. Reconoció al viejo *Bronny* de la cabeza a la cola y desde el morro al abdomen. Le miró la boca e incluso el interior de las orejas. Tolly estaba junto al caballo y no ocultaba su ansiedad. No sabía qué pensar.

«Si dice que el caballo es fuerte y que, curadas las patas, será apto incluso para trabajos más duros, esto significaría que vale mucho dinero y yo no podré comprarlo —pensaba—, pero si dice que es un pobre caballo viejo e inútil a causa de su cojera, no me atreveré a hacerle trabajar. No sé qué sería preferible».

Cuando hubo terminado su examen, el veterinario dijo al padre de Peter:

—Es un buen caballo, señor; un caballo tan bueno como fue siempre. Pero necesita que se le trate con cariño. Está nervioso, seguramente debido al accidente que sufrió. Si cuida de él alguien a quien conozca y le inspire confianza, seguramente no tardará en curarse. No le deje al cuidado de una persona desconocida para él. Se pondría más nervioso y pronto no serviría para nada. Es importante que se le trate con bondad. De buena gana lo tendría conmigo si pudiese. Es un caballo magnífico.



—Muchas gracias —dijo el padre de Peter, satisfecho—. Ha dicho usted poco más o menos lo que yo pensaba. ¿Para qué podría servir ahora si alguien lo comprase?

—Si el comprador fuera un desconocido o alguien que no lo cuidase como es debido, apenas podría ser útil para nada. Aquí parece sentirse feliz. ¿Por qué no se lo queda usted? Ahora no darían por él más de diez o quince libras. Sin embargo, teniéndolo unos seis meses sin trabajar y tratándolo bien, se conseguiría que volviera a ser el caballo de primera clase, fuerte, dócil y útil que sin duda ha sido siempre.

—Me alegro de oírle hablar así —dijo el padre de Peter.

Los dos niños, que estaban escuchando, se dieron un codazo para expresar su regocijo. Su padre compraría a *Brownie*. Por lo tanto se quedarían con él y Tolly trabajaría en la casa y estaría con su querido caballo.

Tenían la esperanza de que el señor Dinneford no querría ya a *Brownie* para nada. El caballo estaba a salvo y se recuperaría poco a poco.

***Browny* tiene un nuevo hogar**

Cuando se fue el veterinario, el padre y la madre de Peter, Tolly, los dos niños y *Scamper* se reunieron en la glorieta y sostuvieron una larga conversación.

—Hemos de decidir en seguida lo que debemos hacer con *Browny* —dijo Tolly—. No puede volver a la granja del señor Dinneford. Allí le haría trabajar demasiado y seguramente acabarían por matarlo. ¿Ha visto sus patas traseras, señor? ¿Qué opina de este asunto?

—Que tiene sus pros y sus contras —repuso el padre de Peter—. Con cuidado y un trato cariñoso, *Browny* puede recuperarse en seis meses y ser tan bueno como era antes. Pero ahora, debido al estado de sus patas traseras, no puede hacer ningún trabajo duro. ¿Y quién puede tener un caballo seis meses o más sin hacerlo trabajar, existiendo la posibilidad de que, transcurrido ese tiempo, el caballo no se haya recuperado? En este caso, el comprador habría tirado el dinero.

—¿Piensa usted hablar así al señor Dinneford? —preguntó Tolly, angustiado—. Si quiere vender a *Browny* y pide poco, lo compraré. No le haré trabajar en absoluto durante seis meses y le compraré la comida que necesita y lo cuidaré. Voy a dejar la granja; no puedo seguir trabajando para el señor Dinneford. En alguna parte nos admitirán a *Browny* y a mí, y yo trabajaré y podré cuidar a mi viejo caballo de modo que viva tranquilo y feliz hasta que sus patas estén completamente curadas.

—Puede usted permanecer aquí, Tolly —dijo el padre de Peter—. Usted es ya viejo y no puede hacer ciertos trabajos. Si quiere quedarse a mi servicio para cuidar de mis caballos, está admitido.

—Gracias de todo corazón, señor. Es usted muy bueno —dijo Tolly con calor, y añadió dirigiéndose a los niños—: Os felicito por tener un padre tan generoso. Procurad pareceros a él. Así os atraeréis la estimación de todos.

Peter sonrió satisfecho al oír las alabanzas dirigidas a su padre.

—¿Piensa comprar a *Browny* a mi padre? —preguntó—. Es decir, si el señor Dinneford se lo vende. Yo creo que lo venderá si sabe que *Browny* no puede trabajar apenas hasta dentro de seis meses.

—No tengo ni cinco libras, muchacho —dijo Tolly—. O sea que no podría comprar a *Browny* ahora mismo. Piensa que tengo que pagar vivienda, luz, y vestirme y alimentarme. Además, ayudo a unos tíos míos ya muy viejos. No puedo ahorrar tanto dinero como vosotros. Pero pediré a vuestro padre que se quede todas las semanas parte de lo que yo gane con mi trabajo, hasta que reúna lo necesario para comprar a *Browny*. Entonces será mío. Esto, claro es, contando con que el señor Dinneford quiera vendérselo a vuestro padre...

—Señor Tolly, ¿nos permitirá compartir a *Browny* con usted si pagamos la mitad de diez libras? —preguntó Janet—. Lo vamos a tener aquí, con nosotros, y me gustaría de veras ser en parte dueña de él.

—Estará a vuestra disposición tan pronto como sea mío —dijo Tolly—. Entonces

podréis considerar que somos dueños de él a medias. A *Brownny* le gustará, pues le encantan los niños. No es necesario que me deis ningún dinero.

—Debemos hacerlo —replicó Peter—. De lo contrario, no nos parecerá que es nuestro en parte. Nosotros podemos quedarnos con la mitad trasera del cuerpo, que es donde están las patas heridas, y usted con la otra mitad, que es la mejor.

—¡Qué cosas tan agradables estoy oyendo! —exclamó Tolly, admirado—. De acuerdo: ahorrad y comprad la mitad de *Brownny*, ya que tanto lo deseáis. Comprendo vuestros sentimientos, porque yo siento lo mismo. No seré feliz hasta que haya pagado las diez libras a vuestro padre. Entonces podré contemplar al viejo *Brownny* y decirle: «¡Querido *Brownny*, eres mío! He trabajado para ti, te he cuidado, te he pagado, y ahora eres mío y te cuidaré durante el resto de mi vida». Los caballos me encantan. Y el viejo *Brownny* es... es...

—¡El mejor caballo del mundo! —terminó Peter, echándose a reír—. Yo también creo que nuestro *Scamper* es el mejor perro del mundo. ¿Verdad que lo eres, *Scamper*? La cocinera dice que eres uno de esos perros callejeros de patas llenas de barro y hocico fisgón. Pero yo creo que eres el mejor perro del mundo.

—¡Guau! —agradeció *Scamper*, moviendo la cola rápidamente—. ¡Guau!

Corrió hacia Peter y lamió sus manos, primero una y luego la otra. Peter lo acarició.

—¡Mi viejo barrigudo! Te gustan los mimos, ¿verdad? ¡Mi buen *Scamper*! ¡Eres un gran perro!

El padre de Peter los contemplaba, muy divertido.

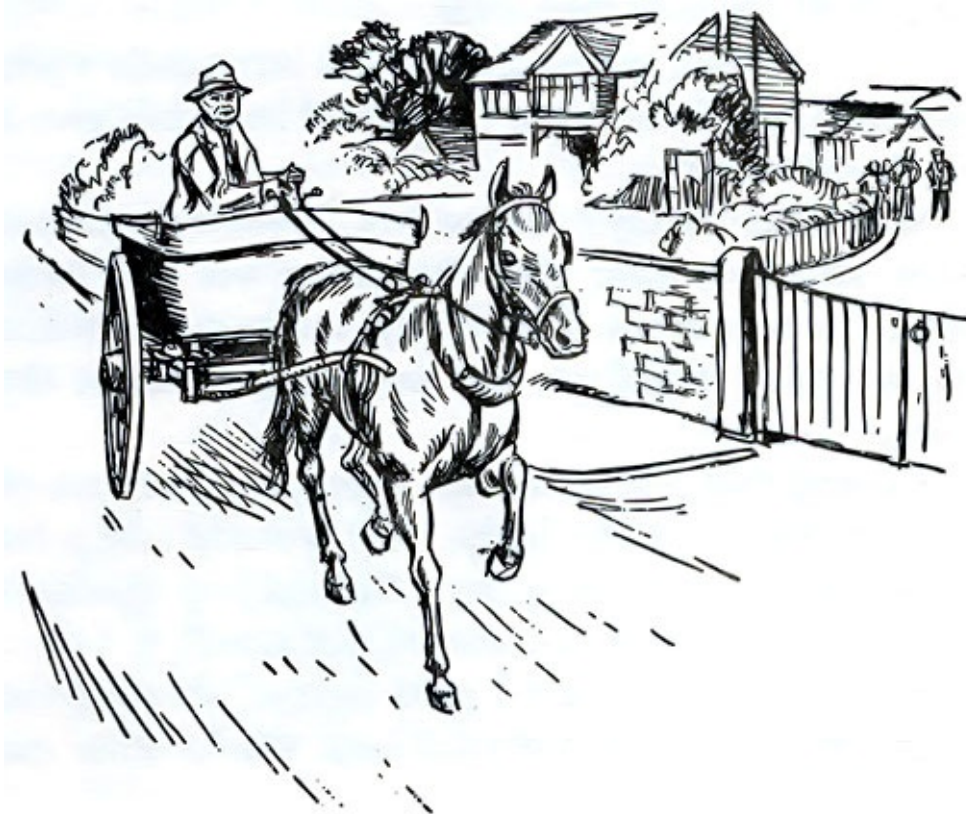
—Cuando hayáis acabado de deciros cosas amables, entraremos en la casa. Ya es casi la hora de cenar. ¿Oís? Alguien viene.

Se oía ruido de ruedas. Un carricoche tirado por un poney entró por la puerta del jardín.

—Buenas tardes —dijo una voz bronca.

—¡Es el señor Dinneford! —exclamó Janet, asustada—. ¡Oh papaíto! No consentirás que se lleve a *Brownny*, ¿verdad?

—¡Claro que no! Anda, entrad en la casa. Podéis mirar por la ventana si queréis, pero sin escuchar. Usted, Tolly, quédese.



Los niños corrieron al interior y apartaron la cortina de una ventana para poder ver desde ella lo que ocurría. ¡Sería horrible que se llevaran a *Brownny*!

Oyeron voces airadas, pero no pudieron captar ni una palabra. Los tres conferenciantes parecían enojados.

—¿Cómo se ha atrevido usted a robarme el caballo, Tolly? —gritó el señor Dinneford.

—Como usted dijo que lo iba a matar... No puedo consentir que se mate a un caballo tan bueno como éste, aunque esté inútil de las patas traseras.

—¡Ah! Reconoce usted que está inútil —gritó el señor Dinneford—. ¿Por qué he de conservar un caballo que no rinde y gasta comida? Además, el caballo es mío y puedo hacer con él lo que me dé la gana.

—Tiene usted razón, señor Dinneford, tiene usted razón —dijo el padre de Peter—. Usted necesita caballos fuertes y sanos que puedan tirar de las pesadas carretas, y *Brownny* nunca podrá volver a hacerlo. Es para usted un animal inútil. ¿Por qué no lo vende por lo que le den?

—¿Cómo sabe usted que será siempre inútil? —gritó el señor Dinneford, cada vez más enfadado.

—Porque hace un rato ha estado aquí el veterinario de la policía —repuso Tolly—. Y su diagnóstico no fue precisamente bueno.

—¿Qué dijo? —preguntó el señor Dinneford, atemorizado al saber que el veterinario de la policía había estado allí. ¿Le habrían dicho que él quería matar al caballo?

—Dijo que el animal estaba nervioso a causa del accidente —explicó Tolly— y

que durante bastante tiempo no podría trabajar. Añadió que usted no podría obtener por él más de quince libras.

—¡Quince libras! ¡Y me costó treinta! —gritó el señor Dinneford, irritado—. Además, ¿quién me dará por él quince libras estando como está?

—Quizá mejore dentro de algunos meses —dijo Tolly—, y entonces...

—¡No me venga con cuentos de hadas! Nunca mejorarán sus patas traseras; por el contrario, empeorarán. Y no podré sacar por él ni diez libras. Eso lo sabe usted tan bien como yo.

Tolly se apresuró a contestar:

—Yo le doy diez libras por él. Tengo cariño al caballo y no quiero que lo maten.

—¿Cómo puede usted creer que este caballo inútil vale diez libras? —gritó encolerizado Dinneford—. Estoy seguro de que el veterinario de la policía ha dicho que no vale ni un penique. Lo mejor es matarlo.

—Está bien. Si no quiere venderlo, lléveselo y váyase ya —repuso el padre de Peter con semblante grave.

El señor Dinneford le miró, sorprendido.

—¿También usted está dispuesto a darme diez libras por él? ¿Es que ha perdido el juicio como Tolly?

—Lo único que puedo decirle —repuso el padre de Peter— es que librarse de usted bien vale diez libras. Váyase y llévese el caballo o déjelo aquí y tome las diez libras. Pero tome una decisión rápidamente.

—Conforme. Tomo el dinero —dijo el señor Dinneford, avergonzado ante las palabras del padre de Peter—. Es un buen pago por un caballo que es un estorbo. Gracias, señor, y ustedes lo pasen bien.



Se guardó el dinero y se fue, sin pensar más en el caballo. El pobre animal estaba asustado por los gritos y se dirigió a Tolly para que le reconfortara.

—¡Tranquilízate, tranquilízate! —le dijo el viejo, acariciándolo—. Ya se ha ido. No volverás a oír su vozarrón. Ya no le perteneces.

Y condujo el caballo hacia el padre de Peter, que le dijo:

—Tolly, el caballo es de usted... Bueno, si lo desea. Le descontaré de su salario una libra a la semana hasta que lo haya pagado. ¿Le parece bien?

—Muy bien, señor. Muchas gracias —dijo Tolly con la cara iluminada por una amplia sonrisa. Y rodeó con el brazo el cuello del caballo.

—Mi querido *Brownny*, ahora me perteneces. Mejor dicho, me pertenecerás dentro de unas semanas: unas cinco semanas. Le propongo, señor, que me descuenta no una, sino dos libras semanales. Así sólo tardaría cinco semanas en saldar la deuda. ¡Diez libras por un magnífico caballo! Dentro de unos meses será tan útil como era antes. ¡Valdrás tu peso en oro, *Brownny*!

—Bien, Tolly —dijo el padre de Peter, sonriendo ante la alegría del viejo—. Le descontaré dos libras por semana hasta que quede saldada su deuda, y entonces *Brownny* será suyo. Es un excelente caballo. Sólo tiene el defecto de sus patas traseras. Pero se pondrá bien y pronto será un caballo irreprochable. Usted se lo merece, Tolly. Ahora lléveselo a la cuadra. Estoy seguro de que se sentirá feliz al ver que le tiene a usted cerca.

Tolly y *Brownny*

Cuando vieron que el señor Dinneford se había marchado y que Tolly llevaba el caballo a la cuadra, Peter y Janet salieron de la casa y corrieron al encuentro del viejo.

—¡Tolly! ¿Qué ha pasado? ¿Es ya suyo *Brownny*? ¿No dijo que no tenía dinero suficiente para comprarlo? ¡Oh, qué bonito es!

Brownny husmeó cariñosamente a los dos hermanos. Le encantaban los niños.

—Sí, ya soy su dueño —repuso Tolly con orgullo, mientras conducía el caballo a su nueva cuadra—. Ya estás en casa, mi buen amigo. Espera un momento: he de buscarte algo para cenar y un poco de agua. ¡Ah, caramba! Te han puesto un lecho de paja. Aquí estarás más que bien, mi viejo amigo.

—¿De veras lo ha comprado usted, Tolly? —preguntó Janet—. El señor Dinneford parecía muy enfadado. Le oímos gritar.

—Sí, lo he comprado. Pero hasta dentro de cinco semanas no será verdaderamente mío —respondió Tolly acariciando el hocico del caballo—. Vuestro padre me descontará dos libras a la semana de mi salario, hasta que le devuelva las diez libras que ha pagado por mí en la compra de *Brownny*, al que yo no vendería ni por quinientas.

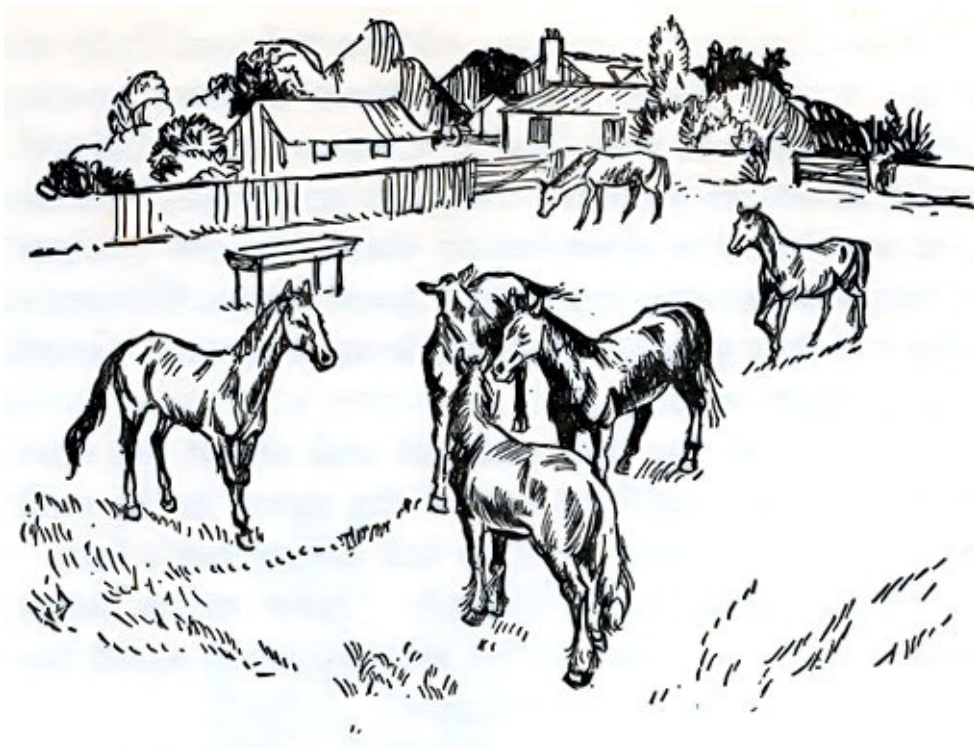
—No olvide que nos prometió que tendríamos derecho a la mitad del caballo —dijo Janet—. Le entregaremos nuestra parte del precio tan pronto como podamos. Tenemos algún dinero en nuestras huchas, y nuestra abuelita viene la semana próxima y siempre nos da unos diez chelines a cada uno.

—No os preocupéis por el dinero —dijo Tolly—. No es necesario que me deis ni un penique para disfrutar de él. Lo compartiré gustosamente con vosotros. ¡Bien os merecéis la mitad de mi *Brownny*!

Brownny estaba muy satisfecho en su nueva cuadra. Echó atrás la cabeza y lanzó un fuerte y alegre relincho, al que respondieron, sobresaltados y sorprendidos, los dos compañeros de establo que tenía en aquel momento.

—Le gustará salir al campo —dijo Peter—. Apuesto lo que queráis a que galopará de un lado a otro y trabará amistad con todos los animales que vea, tanto si son caballos como corderos o perros.

—¡Vuestro papá ha sido muy bueno con *Brownny* y *Codger*! —exclamó Tolly—. Ahora he de volver a casa del señor Dinneford para recoger mis cosas. No te inquietes, *Brownny*. Volveré pronto y dormiré contigo esta noche. ¡Nadie te robará!



Se despidió de los niños y se dirigió, colina arriba, a la granja del señor Dinneford. Si éste nombraba al viejo *Brownny*, él le diría cuatro verdades y veríamos qué contestaba.

Pero el señor Dinneford no dijo nada a Tolly. ¡Estaba arrepentido de haberle dicho que se fuera! Tolly era un buen trabajador, un hombre en el que se podía confiar ¿Qué haría sin él?

«Lo recogeré todo y lo dejaré en orden —se dijo Tolly—. Echaré de menos a los demás caballos de la granja. Pero mi nuevo amo tiene muchos y podré cuidarlos y en seguida disfrutaré de la amistad de todos».

Aquella noche, Tolly comprobó que *Brownny* se sentía feliz y estaba seguro en su nueva cuadra. Por la tarde había salido al campo y trabado conocimiento con otros caballos, que pacían cerca de él. Luego había llevado al corral un carrito cuya carga era poco pesada, trabajo que no causó perjuicio alguno a sus patas lesionadas.

Tolly le miraba complacido.

—¡Tienes las patas traseras aún mejor que la semana pasada! —dijo a *Brownny*—. Pero mucha prudencia, *Brownny*. Reposa en el establo tanto como puedas. No estés mucho de pie: echado también puedes charlar con tus amigos.

Brownny lanzó un alegre relincho, como si lo hubiese entendido todo, palabra por palabra. Se daba cuenta de la felicidad de su dueño y por eso se sentía feliz también él. Extrañaba la nueva cuadra, pero no sentía la menor inquietud, ya que oía cerca los silbidos de su amo.

Tolly estaba a su lado, echado en un viejo colchón. El viejo caballo no podía ver a Tolly, pero percibía su olor característico y se alegraba de tenerlo cerca.

—Aquí estoy, mi viejo amigo —le dijo Tolly en voz baja—. ¡Hala, a dormir! Échate en la paja. Estoy aquí a tu lado. Se está cómodo y abrigado en esta cuadra,

¿verdad? Buenas noches, *Brownny*. No tienes que temer a los ladrones de caballos mientras yo esté contigo. También está aquí nuestro amigo *Codger*. ¡Buenas noches, *Codger*!

El perro respondió con un ladrido en tono bajo. Fue como si hubiera dicho: «Buenas noches; que descanséis».

Codger fue el primero en despertar a la mañana siguiente. Se sacudió las briznas de paja que se le habían quedado pegadas al cuerpo y se acercó a su amo para lamerle la cara.

—¡Déjame! —dijo Tolly, soñoliento—. ¡Cuántas veces te he de decir...!

Y volvió a quedarse dormido sin acabar su frase.

Codger se quedó mirando la media puerta que separaba de los demás departamentos el ocupado por él y su amo. ¡Si pudiera saltarla! Se agachó, saltó con todas sus fuerzas, pero no pudo salvar la media puerta, y cayó pesadamente sobre Tolly, que despertó sobresaltado. El viejo se levantó de un salto, y empezó a gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

—¡Guau! —Ladró *Codger* con voz ahogada.



¡Buena la había hecho! Había despertado a su amo, haciéndole creer que habían entrado ladrones en la cuadra.

—¡Qué idiota eres, *Codger*! —exclamó Tolly, enojado—. ¿Por qué has saltado sobre mí? Aún no es hora de levantarse. Has despertado también a los caballos.

¿Oyes cómo relinchan? Tendré que ir a tranquilizarlos.

Se levantó y fue de pesebre en pesebre, acariciando y tranquilizando a los asustados animales.

—No os asustéis, que no hay ningún ladrón de caballos por aquí —refunfuñó mientras los pobres animales pateaban y resoplaban inquietos—. Ahora, *Codger*, quietecito. No quiero oír ni un soplo. ¡Lo que quiero es dormir!

A la mañana siguiente

Cuando Peter y Janet despertaron a la mañana siguiente, lo primero que recordaron fue que Tolly había comprado al viejo *Brownny*. Janet siguió acostada y pensando en todo esto un ratito. Luego salió corriendo de su habitación y fue a despertar a Peter.

Su hermano estaba tan dormido, que fue difícil despertarle. Janet lo sacudió y lo golpeó, pero el único resultado fue que Peter lanzara un gruñido y diera media vuelta.

—¡Peter, sé que no estás tan dormido como aparentas! —le dijo Janet, enojada—. Pero te advierto que tengo una aguja en la mano y estoy dispuesta a utilizarla.

Inmediatamente, Peter dio un salto y quedó sentado en la cama.

—Si tú me clavas una aguja, yo te suelto un sopapo. ¿Qué demonio quieres? Es muy temprano todavía.

—No es temprano. Faltan sólo diez minutos para la hora del desayuno. Levántate. Quiero hablar contigo cuanto antes sobre la conveniencia de convocar una reunión de los Siete Secretos. Tenemos que informar a los demás del caso de Tolly, *Brownny* y *Codger*. Hasta ahora hemos obrado por nuestra cuenta. No debemos hacer nada más sin poner al corriente a nuestros compañeros.

—Bien, convoca una reunión. Yo quiero dormir más —dijo Peter, escondiéndose de nuevo bajo las sábanas.

—¡Eres un dormilón y un estúpido! —exclamó Janet, indignada. Y añadió—: Está bien. Te tomo la palabra. Duerme toda la mañana si quieres. Voy a convocar yo misma una reunión de los Siete Secretos. ¡Ya verás! Saldré inmediatamente después del desayuno y los avisaré a todos. Les diré que tú no estás bien y yo presidiré la reunión en tu lugar.

—¡Eso no! —gritó Peter, enfurecido. Apartó las ropas de la cama con tal violencia, que cayeron sobre Janet y la sepultaron. Acto seguido, la amenazó—: Te echaré del Siete Secretos si sigues haciendo tonterías.

Janet lanzó una carcajada y huyó hacia su habitación. Ya estaba segura de que el Siete Secretos se reuniría. ¡Cómo le gustaban las reuniones! Había mucho que contar esta vez. Se llevaría las chocolatinas que le regaló su tía la última vez que la vio, y le pediría a la cocinera que le diese un trozo del pastel de jengibre que había hecho días atrás. Era un pastel enorme y debía de quedar mucho. Tenían tanto que hablar, que necesitarían comer algo. Hablarían de Tolly y de *Brownny*. Contaría que su padre había comprado a *Brownny* por diez libras, y que la mitad de *Brownny* les pertenecía a Peter y a ella. Y también que Tolly dormía en la cuadra con *Brownny* y los demás caballos.



Faltaba aún un rato para la hora del desayuno y Janet garabateó tantos avisos como le fue posible para los Siete Secretos:

«Noticia importante. Se celebrará una reunión de los Siete Secretos a las diez en punto de la mañana en nuestro cobertizo para dar cuenta del proceso del caso que expuso Bob Smith en nuestra última asamblea. Por favor, acudid todos como de costumbre. Traed nueces, chocolate y, si podéis, cerveza de jengibre. Janet. Club de los Siete Secretos».

Peter, enfurruñado, empezó a desayunarse en silencio, sin mencionar para nada la reunión. Pero, al fin, dijo a Janet con acento autoritario:

—Después del desayuno escribiremos las convocatorias. Date prisa. No podemos perder tiempo si queremos que la reunión empiece a las diez.

—Oye, hermanito —dijo Janet—. Las convocatorias ya están preparadas. Las he escrito yo mientras tú dormías a pierna suelta. Temía que no hubieras despertado a la hora del desayuno.

—¡Qué tontería! —exclamó Peter—. ¿Cómo te has atrevido a obrar por tu cuenta en un caso así? Soy yo quien debe decidir cómo se han de redactar las convocatorias para las reuniones de los Siete Secretos.

—No quise molestarte. ¡Estabas durmiendo tan a gusto! No tuve valor para

volvete a despertar. Pero si quieres, rompo las convocatorias y tú las escribes como te parezca conveniente.

—¡No, no! —exclamó Peter al ver que Janet se disponía a romper las convocatorias. No le seducía la idea de tener que redactarlas de nuevo.

—Entonces, encárgate de repartirlas —dijo Janet—. Yo me cuidaré de preparar el cobertizo.

—Bien. Haré el reparto ahora mismo —dijo Peter—. Sin embargo, quisiera ver antes a Tolly, *Brownny* y *Codger*. Me he pasado la noche soñando con *Brownny*.

—¿Qué has soñado? —preguntó Janet al punto. Peter solía tener sueños interesantísimos y emocionantes.

—Soñé que había huido con *Codger* al ver que unos ladrones intentaban robarlos... Por favor, no hablemos de eso. Me horroriza la idea de que pueda ocurrir de verdad.

—¡Qué niño eres! —exclamó Janet—. Anda, date prisa: termina de tomarte el desayuno. Yo, ahora, voy a hacer las camas.

Peter engulló lo que le quedaba del desayuno, cogió las convocatorias escritas por Janet y salió volando para repartirlas. No vio a nadie al tirarlas en los buzones de las casas de sus amigos, a cuyas puertas llamaba antes de salir corriendo. No tardó en regresar a su casa. Al punto fue en busca del viejo Tolly. Y Janet corrió tras él.

Tolly ayudaba a ordeñar las vacas. Los trabajadores que estaban con él lo habían recibido fraternalmente y habían alabado a *Brownny* de tal modo, que Tolly reventaba de orgullo.



—¿Cómo está nuestro caballo? —preguntó Janet, sonriendo a Tolly, en el momento que colocaba un cubo debajo de una vaca para ordeñarla.

—¡Estupendamente! —repuso el viejo, mientras la exquisita y cremosa leche empezaba a caer en el cubo—. ¡Estupendamente! Le gusta vivir con vuestros caballos. Está mucho mejor nuestro *Brownny*, hijita. Anda, ve a darle los buenos días. Se alegrará de verte.

Janet fue a ver al viejo caballo. Su cabeza asomaba por encima de la media puerta de la cuadra. La niña abrió esta puerta y se acercó al dócil y obediente animal.

—*Brownny*, ¿has dormido bien? ¿Eres feliz aquí? ¿Verdad que no has tenido miedo aunque ha sido la primera noche que has pasado en este lugar desconocido para ti?

Brownny lanzó un relincho y acarició con el hocico el hombro de Janet, a lo que la niña correspondió con unas palmadas cariñosas.

—Me eres simpático, *Brownny*. Pronto tus patas traseras estarán bien del todo. Estoy segura. ¿No lo crees tú también?

Los demás caballos de la cuadra sacaban la cabeza por encima de las puertas de sus departamentos. Todos conocían a su amita y todos la adoraban. Janet era siempre amable y cariñosa con ellos.

Se oyó una campana que sonaba no muy lejos.

—Esa campana dice que en casa me esperan —explicó la niña al caballo—. Me voy corriendo. ¿Ha dormido Tolly con vosotros esta noche? Ya le he dado los buenos días.

Y se fue. Su pelo flotaba en el aire como la cola de un caballo.

Nueva reunión

Peter y Janet recogieron a toda prisa las cosas que querían llevar al cobertizo. La cocinera había sido muy generosa: les había dado la mitad del pastel de jengibre.

—Tendréis que hincar el diente, pues está un poco duro. Pero sé que esto no os importa. Y aquí tenéis una manzana para cada uno. Me las trajo el hortelano. Las recogió del suelo, pero ya veréis qué dulces son.

—Gracias —dijo Janet—. Acostumbro comprar algunas golosinas para las reuniones; pero hoy no he tenido tiempo. Además no sé dónde me he dejado el portamonedas... Date prisa, Peter. Yo me voy al cobertizo. Nuestros amigos empezarán a llegar de un momento a otro.

—Tenemos que hacer cuentas —dijo Peter—. Hemos de averiguar si alguien puede dar algún dinero para contribuir en el pago de la factura del veterinario. Deberíamos entregarle algo en seguida: lo hemos prometido.

—Yo tengo un chelín —dijo Janet—. Pero no es que lo haya ganado: me lo he encontrado esta mañana en el jardín, medio oculto en la grava. Ya no me acuerdo de dónde lo he guardado, pero lo encontraré.

—¡Qué suerte! —exclamó Peter—. Yo llevaré a la reunión el dinero que tengo ahorrado. Debes hacer tú lo mismo. Por poco que sea, conviene que lo lleves.

—Pensaba hacerlo —dijo Janet—. He abierto mi hucha y mamá me ha dicho que puedo entregar la mitad para ayudar a saldar la deuda que tiene Tolly con el veterinario. Le he dicho que haría cualquier cosa para ayudar al pobre viejo.

—Yo también voy a abrir mi hucha —dijo Peter—. Ahora me arrepiento de haber gastado tanto en el «tiro al blanco» esta temporada.

A las diez menos cinco ya estaban los dos hermanos en el cobertizo. En la mesa había papel de escribir, un lápiz, una pluma y una goma. Y también una regla, aunque Janet estaba segura de que Peter no la utilizaría. Los dos habían traído su hucha con su llave correspondiente.

—¡Pastel de jengibre! —dijo Janet colocando la fuente sobre la mesa—. Un poco duro, pero eso no importa. Y una manzana para cada uno. Estas dos están algo picadas. Nos las quedaremos para nosotros y daremos las buenas a los demás.

—Conforme —dijo Peter—. ¡Oh, has traído también algunas chocolatinas! Buena idea. Hala, cierra la puerta. Alguien viene. Puede ser Sussy, la hermana de Jack, y debemos evitar que entre.

«¡Tac, tac!».

—¡La contraseña! —Gritaron a la vez Peter y Janet.

—Peter, Janet: ¿es aún *Scamper*? Si es otra, se nos ha olvidado.

—¡Adelante! —dijo Peter.

Entraron Pamela y Bárbara.

—¡Hola! —exclamó Pamela—. Estaba casi segura de que se había cambiado la contraseña. ¡Hola, *Scamper*! ¿Te gusta que tu nombre se emplee para esto?

Scamper le lamió las desnudas piernas y fue a sentarse junto a Janet. Le encantaban las reuniones. Siempre le daban alguna golosina.

Uno a uno fueron llegando los demás miembros del club, y pronto estuvieron los siete en el cobertizo. Los siete y Bob, que parecía muy emocionado.

—¿Qué novedades hay de Tolly? —preguntó Colin—. Hace tiempo que no he hablado con ninguno de vosotros. He tenido que empollar de firme.

—Se abre la sesión —dijo Peter—. ¿Tiene algo que decir algún miembro del club? No olvidéis los asuntos que discutimos en la última reunión. Recordad que todos estábamos dispuestos a ayudar al viejo Tolly en la medida que nos fuera posible.

—Contémosles lo que ha pasado después de la última reunión —dijo Janet.

—Eso es: contadlo —dijeron a la vez Pamela, Jack y Jorge, mientras Colin, Bárbara y Bob asentían con un movimiento de cabeza—. Estamos ansiosos de saberlo.

—Han ocurrido muchas cosas —dijo Peter—. Ayer Tolly trajo aquí a su caballo *Brownny*, y ahora está en nuestra cuadra. El antipático señor Dinneford estaba indignado con Tolly. Le acusaba de ser el culpable del accidente que ha dejado a *Brownny* temporalmente inútil de sus patas traseras.

—¡Oh! ¿Está aquí el caballo? —exclamó Pamela, emocionada.

Peter frunció el entrecejo.

—No me interrumpáis cuando hablo. No olvidéis que soy el jefe del club.

—Perdón, Peter —dijo Pamela, enrojeciendo intensamente—. Pero, ¿deseaba tanto que...!

Todos la hicieron callar. Ella se recostó en su silla un poco enfurruñada.

—¿Qué iba a decir? —preguntó Peter—. ¡Ah, sí! Cuando vino el veterinario de la policía dijo que el pobre animal tenía las patas traseras en muy mal estado y que, además, si se le trataba con cariño y se le cuidaba, podía ponerse bien en unos cuantos meses. Recetó una pomada para frotarle las patas Janet sabe más que yo de estas cosas, tiene mejores manos, y ya lo ha friccionado. Esto es todo lo que hay.



—¡Oh, no, Peter! —dijo Janet—. Has olvidado lo más importante: lo de la compra del caballo; para eso hemos traído las huchas.

—Pero ¿pretendes que el caballo sea de todos los miembros del Club de los Siete Secretos en vez de pertenecer solamente a ti, a mí y a Tolly? ¡Eso es una tontería!

—No es ninguna tontería —dijo Bárbara, a la que gustaban mucho los caballos—. Me encantaría poseer una parte de *Brownny*. Una vez fui dueña de medio perro. Lo compartí con un primo mío, que vivía en la casa de al lado. Cada uno puso la mitad del dinero. Me parece que al perro le gustaba tener dos amos. También a *Brownny* le gustaría. Y si tuviera siete personas que le cuidaran y le quisieran, sería mucho más feliz aún. Me gustaría que los Siete Secretos fueran dueños de medio caballo.

—¿Dónde está el caballo? —preguntó Colin—. Al pasar por delante de la cuadra me ha parecido que estaba vacía.

—¿Lo habrán robado? —exclamó Janet, dando un salto—. ¿O me habré dejado la puerta abierta y se habrá escapado? ¿No te la has dejado tú, Peter?

—¡No! Yo no me he acercado a los caballos para nada —repuso Peter, que también se había puesto en pie de un salto—. ¡Oh, mirad!

Todos se volvieron hacia la ventana y allí vieron algo sumamente agradable. *Brownny* introducía por ella su hocico. Había conseguido salir de la cuadra y, al oír voces en el cobertizo, se había acercado para averiguar quién hablaba. ¡Qué gracioso estaba mirando tímidamente hacia el interior! Lanzó un relincho reprimido e interrogante.

—¡Quiere un trozo de pastel de jengibre! —dijo Pamela, que se lo hubiese dado si Peter no le hubiera quitado la bandeja de las manos.

—Se suspende la sesión durante media hora —decidió Peter, desesperado—. No podemos admitir a *Brownny* en la asamblea. ¡Deja ya de ladrar, *Scamper*! ¡Miradlos! ¡Huyen juntos colina abajo! ¡Hay que atraparlos!

La captura de *Brownny* fue tarea larga. El caballo creía que estaba jugando y corría

alborozado de un lado a otro, saltando hierbajos y plantas. Al fin, entre el jardinero y Tolly consiguieron atraparlo y le condujeron a la cuadra.

—¡Estoy avergonzado de ti, *Browny*! —dijo Tolly, jadeante—. Sí, avergonzado. Tendré que estar trabajando todo un día para arreglar los bancales que has echado a perder.

—Nosotros le ayudaremos —dijeron los niños.

Así lo hicieron. Tolly se tranquilizó al ver que el huerto volvía a estar como siempre. Así, el padre de Peter no se enteraría de los destrozos causados por *Browny*.

—Los Siete Secretos estábamos celebrando una asamblea —dijo Peter a Tolly—. ¿Podría asistir a la continuación? Vamos a reanudarla ahora mismo y nos gustaría que nos dijese unas cuantas cosas.

—Bien —repuso Tolly—. Dispongo de un cuarto de hora. ¿De qué vais a tratar?

—De cuestiones de dinero —fue explicando Peter mientras volvían todos al cobertizo—. Hemos prometido pagar la cuenta del veterinario y ya tenemos reunido algún dinero. También hablaremos de la compra de *Browny*.

Todos estaban sentados de nuevo en el cobertizo y miraban con emoción a Tolly, cuyo rostro expresaba gran sorpresa, mientras sus ojos se fijaban en las huchas, los monederos y los sobres depositados en la mesa.

—Mire lo que tenemos reunido para la cuenta del veterinario —dijo Pamela—. Este es mi portamonedas. Mi abuela me dio diez chelines por arrancarle las hierbas del jardín. Estuve trabajando día y medio. Yo he puesto mis diez chelines para pagar al veterinario.

—Yo —dijo Jack— cuidé durante dos días del perro de un vecino que tuvo que salir de viaje. ¡Un perro precioso! No lo llevaba de paseo: era él el que me llevaba a mí. Y ¿sabéis lo que el señor Kay me dio por este trabajo? Primero cinco chelines, pero después, cuando se enteró de que iba a entregar aquí este dinero y para qué lo necesitábamos, me dio diez chelines más; en total, quince chelines.

—¡Oh! —Exclamaron todos.

—Yo no tuve tanta suerte —dijo Colin—. Me encargué de llevar a pasear a dos perros, pero uno de ellos se metió en un charco y salió cubierto de barro. Por eso sólo recibí poco más de dos chelines y medio. Y eso después de bañar al perro.

—¡Qué mala pata! —dijo Peter—. ¿Y tú, Bárbara?

—He traído mi hucha. Tengo en ella unos dieciocho chelines. He tenido que comprar muchos regalos de cumpleaños últimamente: tres en tres semanas, y el último hace dos días. Por eso digo que sólo debo de tener unos dieciocho chelines.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo Peter—. En fin, sigue ahorrando. Esta primera entrega al veterinario será muy poco. ¿Y tú, Jorge?

—Pues yo os traigo noticias importantes. Hace poco tomé parte en una competición entre varios clubs deportivos, y el primer premio eran diez libras. Yo...

—¿Has ganado diez libras, Jorge? —gritó Peter, descompuesto, y poniéndose en pie de un salto.

—¡No, no! Las diez libras no, porque no conseguí el primer puesto. Pero quedé segundo y gané ¡cinco libras!

Jorge tenía el rostro resplandeciente de entusiasmo. Añadió:

—Me he enterado esta mañana. Aún no tengo el dinero, pero mi padre me ha adelantado las cinco libras. Así las puedo entregar para pagar al veterinario de *Brownny*. Cuando cobre el premio, le devolveré el dinero a mi padre.

Hubo un silencio. ¡Qué maravilla! ¡Qué regalo! ¡Qué grande era Jorge! Todos le miraban boquiabiertos y le daban palmaditas cariñosas. El estaba tan conmovido que apenas podía respirar.

—Así, ¿tus padres dijeron que podías entregarlo todo para pagar al veterinario? —preguntó Peter.

—Sí. Les conté el caso y se quedaron patitiesos. Faltó poco para que mi padre me diera otro billete de cinco libras. ¡Si no hubiera estado delante mi madre...!

Las aportaciones de los demás parecieron insignificantes al lado de las hermosas cinco libras de Jorge. Peter abrió la hucha y extrajo de ella quince chelines. Janet sacó de la suya menos de ocho. Bob entregó un penique menos que Janet, mientras decía tímidamente:

—Lo he ganado haciendo recados.

—¿Cuánto hay entre todo? —preguntó Pamela, curiosa—. Así, todo junto, como se ve ahora sobre la mesa, parece una fortuna: lo suficiente para pagar a una docena de veterinarios.

Solemne y lentamente, Peter contó el dinero. Como es natural, incluyó el impresionante billete de cinco libras.

—Hemos reunido la importante cantidad de ocho libras, quince chelines y seis peniques —dijo.

Jack perdió el control de sus nervios, se levantó de un salto y empezó a lanzar tales gritos, que *Scamper* salió huyendo del cobertizo con el rabo entre las piernas.

—¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, hurra!

Naturalmente, todos lo corearon.

—Tenemos suficiente para pagar la cuenta del veterinario —declaró Peter, satisfechísimo—. ¡Oh, Jorge! ¡Eres estupendo! ¡Haber aportado nada menos que cinco libras! Nunca lo podremos olvidar. ¡Nunca! ¡Qué hermoso final para esta reunión maravillosa! ¡Hurra!



Los Siete visitan al veterinario

Tolly no había dicho palabra. Había permanecido con la boca abierta, escuchando a los excitados niños. Miraba el billete de cinco libras depositado en la mesa, como si jamás hubiera visto ninguno. Luego miró a los niños de uno en uno con una mezcla de admiración y gratitud.

—Creo que debemos explicárselo todo bien a Tolly —dijo Peter—. No hacemos más que gritar y parece extrañado de ver tanto dinero sobre la mesa. Incluso *Scamper* está excitado. Siéntate, *Scamper*. ¿Has oído?

—Verdaderamente —dijo Tolly sonriendo—, no estoy acostumbrado a ver billetes de cinco libras rodando por las mesas. ¡Qué nuevecito está! ¡Como si acabaran de fabricarlo!

—Lo emplearemos —dijo Jorge con un acento de orgullo— para pagar los gastos del veterinario de *Brownny*. También lo podríamos destinar a la compra del caballo.

—¿Has dicho a la compra? —exclamó Tolly—. Se me descontarán dos libras de mi salario semanal durante cinco semanas, y entonces será mío. He dicho a Peter y a Janet que pueden disponer de él, puesto que viven aquí y me ayudan a cuidarlo. Pero el caballo es mío y lo pagaré yo.

—Creíamos que usted nos permitiría pagar parte del precio. Nos gustaría, pues lo consideraríamos también nuestro. ¿Qué parte nos correspondería de él?

Janet dijo esto muy seria. En cambio, Tolly se echó a reír.

—No digas esas cosas imposibles, jovencita. No vamos a partir el caballo por la mitad para que sea vuestro y mío. Todos nosotros dispondremos del caballo entero, y para mí será agradable que contéis también con su cariño. Nunca había visto un caballo tan cariñoso. Es un animal que trabajaría con gusto hasta reventar con tal de ser útil a sus amos.

—Pero oiga, Tolly —dijo Peter—. No podremos considerar que compartimos el caballo si no pagamos parte de él. Todos nosotros pensamos lo mismo. A todos nos gustaría sentirnos dueños en parte del simpático *Brownny*. Ya sabemos que es de usted; pero permítanos que sintamos que es también un poco nuestro.

—Bien, de acuerdo —dijo Tolly, comprendiendo al fin.

Ninguno de aquellos niños tenía un caballo de su propiedad, y todos deseaban vivamente tenerlo, aunque sólo fuera en parte. Tolly lo comprendió. Sí, al fin lo comprendió. Movi6 la cabeza, asintiendo, y sonrió francamente a los niños.

—De acuerdo. Asunto concluido. Dadme un chelín y podéis contar con parte de *Brownny*. Y como os sobrar6 dinero, pagad una parte de los gastos del veterinario. Os lo agradecer6 mucho. Ir6 muy justo de dinero durante cinco semanas, ya que he de pagar al due6o de *Brownny* para poder decir que el caballo es mío. Por eso no podr6 dar nada al veterinario.

—Ya le hemos dicho que est6 arreglado este asunto —dijo Jorge—. Pagaremos en seguida la mitad de la factura del veterinario y le entregaremos a usted lo que quede.

No queremos este dinero. El club de los Siete Secretos no debe nada a nadie y todavía ganaremos algo más haciendo algún trabajo para nuestros padres. Además hay que contar con los regalos que siempre nos hacen en nuestros cumpleaños.

—Me gustaría saber cuándo es el cumpleaños de *Brownny* —dijo Pamela—. Si nos queda algo, le podríamos comprar un cesto lleno de zanahorias. Tolly, ¿sabe cuándo es su cumpleaños?

—Dentro de unos diez días —dijo Tolly después de permanecer un momento pensativo—. Lo tengo anotado en alguna parte. Cuando nació era todo patas y cabeza. Parecía un manojito de huesos. Y ahora, ya veis: es el caballo más hermoso del mundo.

—Podríamos ir hoy mismo a ver al veterinario —propuso Janet—. Pero tendremos que ir en seguida, pues está a punto de salir para hacer su ronda diaria. ¿Vamos?

—Sí —dijo Peter—. Tenemos tiempo para ir a hablar con él y volver para terminar la asamblea. Nos llevaremos el dinero. ¡Ven, *Scamper*!



Se despidieron de Tolly y se encaminaron al domicilio del veterinario. *Scamper* trotaba detrás de ellos. Tuvieron suerte: el veterinario no se había marchado aún, aunque se disponía a hacerlo, montado en un hermoso caballo de su propiedad.

—Buenos días, señor Whistler —dijo Peter, quitándose la gorra—. ¿Podríamos hablar con usted un momento? No hace falta que baje del caballo, señor. ¡Oh, qué caballo tan hermoso!

—Sí, es un ejemplar magnífico —dijo el veterinario, acariciando el cuello del animal—. Su nombre es *Lord Lofty*. Le cuadra, ¿verdad?

—¡Sí! —Asintieron los niños, dando palmadas al hermoso caballo.

Y Pamela añadió:

—Parece verdaderamente un lord. Mirad qué erguida tiene la cabeza y con qué arrogancia patea el suelo. Te traeré terrones de azúcar la próxima vez que venga a verte, *Lord Lofty*. Te arrodillarás y te los ofreceré en una bandeja de plata.

Todos se echaron a reír. El veterinario preguntó:

—Bueno, ¿qué queréis de mí? Sólo dispongo de unos momentos. Me esperan mis pacientes.

—Pues verá usted —repuso Peter—. Sólo queremos decirle que tenemos ahorrado algún dinero y queremos pagarle la factura que presentó por sus visitas a *Brownny*, el magnífico caballo castaño del que fue propietario el señor Dinneford. Este señor lo ha vendido a mi padre, y mi padre lo ha vendido a Tolly, que ha dejado al granjero y ahora trabaja para mi padre.

—Conozco bien a ese caballo. Tiraba de una pesada carreta cuesta abajo y la carreta se volcó sobre sus patas traseras. Me indigné cuando vi al pobre animal. Dinneford explotaba sin piedad a sus caballos. Emplea sólo dos en trabajos que deberían hacer cuatro. *Brownny* sufrió mucho. ¿Cómo tiene las patas?

—Bastante bien, señor —repuso Peter—. Nos parece que ha mejorado. Tolly está ahora con nosotros y puede cuidarlo. El viejo nos ha dicho que hizo usted mucho por sus patas lesionadas. Por eso tenemos interés en pagarle. Usted dijo que reduciría la factura a la mitad. Es un rasgo que le agradecemos de veras. Así que si nos quiere usted decir cuánto asciende exactamente la cuenta, nosotros se la pagaremos, y Tolly ya no tendrá que preocuparse por la deuda que tiene con usted. Hemos reunido bastante dinero, señor. Todos hemos ahorrado, y Jorge ha ganado cinco libras con gran facilidad.

—Y las ha entregado para pagar su cuenta —añadió Colin—, y también para contribuir a la compra de *Brownny*. Todos seremos un poco dueños de *Brownny*; de modo que estará muy bien cuidado.

—¿Sólo para eso habéis venido? —dijo el veterinario, sonriendo—. Vamos a ver. Mi cuenta era bastante crecida. Dije que la rebajaría a la mitad y así lo haré. Pero antes voy a haceros una proposición. Tal vez a vosotros no os guste, pero a mí me gustaría participar en la propiedad del caballo. En este caso, le visitaría gratis cuando fuera preciso. ¿Qué os parece?

Hubo un silencio. Los niños reflexionaban tratando de comprender la oferta del veterinario. Al fin repuso Peter.

—Desde luego, señor, puede usted participar en la propiedad de *Brownny*. Es natural que le haya tomado cariño después de hacer tanto por sus pobres patas. Sí, estoy seguro de que a Tolly le gustará que tenga usted parte en él. Pero ahora díganos a cuánto asciende la mitad de la factura...

—¡La factura, la factura...! —le interrumpió el veterinario, que estaba visiblemente conmovido—. ¿Creéis que puedo cobrar ni un solo penique por cuidar a un caballo que me pertenece en parte?

—Pero esa parte aún no la tenía usted cuando lo visitó —dijo Colin.

—Por eso hice la factura. Pero es que entonces ignoraba que iba a tener la fortuna de participar en la propiedad de *Browny*. En fin, dejadme hacer las cosas a mi modo. Concededme una parte del caballo y olvidemos que lo visité cuando estaba tan mal de las patas. No quiero ni oír hablar de ello. Bueno, tengo que marcharme. Adiós, hasta la vista. Acariciad a *Browny* de mi parte y decidle que ahora tiene un dueño más.

Dicho esto, el veterinario se alejó al galope a lomos de *Lord Lofty*.



—¡Estupendo! —exclamó Peter, lleno de júbilo—. ¡Qué suerte hemos tenido! Este veterinario es una buena persona. Ahora, si *Browny* se pone enfermo, tendremos veterinario gratis. Tolly no volverá a pasar los apuros que ha pasado por la dichosa factura. Pero, Pamela, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—No lo sé —repuso Pamela entre sollozos—, pero no lo puedo remediar. Lo que sí sé es que soy muy feliz. No te preocupes por mis lágrimas, *Scamper*. Repito que soy muy feliz.

—Te comprendo, Pamela —dijo Peter—. Todos te comprendemos. ¡Cuántas y cuántas personas llorarían si se encontraran de pronto ante un gesto de bondad como el de nuestro generoso veterinario!

Todos satisfechos

El grupo infantil regresó rápidamente a casa de Peter. ¡Qué suerte habían tenido! ¡Qué rasgo el del veterinario! Había demostrado que tenía un gran corazón.

—Ojalá tenga yo sus mismos sentimientos cuando sea mayor —dijo Jorge gravemente impresionado por la simple y gran bondad del veterinario.

Entonces vio que para algunas personas el dinero no lo era todo. Esto le pareció magnífico. Los sentimientos importaban mucho más al veterinario que unas libras. Jorge no olvidaría nunca lo ocurrido aquella mañana. Y algún día sería mayor y procedería como él. Todo por el ejemplo del veterinario.

Tampoco Tolly podía creer en su buena suerte cuando los niños le contaron lo sucedido. El viejo estaba almorzando en un banco que había junto a la cuadra. Peter puso el billete de cinco libras en el banco y Jorge explicó:

—El veterinario no ha querido aceptar ni un penique. Ha dicho que lo único que desea es compartir la propiedad de *Brownny* con nosotros, porque el caballo le gusta mucho, y que vendrá a reconocer sus patas gratis. Aunque parezca mentira, es la pura verdad, Tolly.

—Me estáis engañando —dijo Tolly—. Todo eso es una broma, pero por mí, podéis seguir bromeando. Estoy seguro de que no habéis ido a ver al veterinario. ¿Verdad que no han ido, *Scamper*?



Costó gran trabajo convencer a Tolly de que le decían la verdad. Al fin, lo consiguieron, y el viejo se puso en pie profundamente conmovido.

—¿De modo que el veterinario no ha aceptado ni un penique? Es un caballero, un caballero de pies a cabeza. Le regalaré todos los huevos que ponga mi gallina *Sukey*; sí, todos los huevos que ponga. Al señor Whistler le gustan los huevos recién puestos. El mismo lo dijo. Y tendrá todos los que ponga *Sukey*. No le faltarían aunque para ello yo ya no pudiera volver a probar un huevo en toda mi vida.

A los niños les hizo gracia la salida de Tolly. Y, además, les gustó. Desde aquel día el veterinario tendría huevos recién puestos para su desayuno, y, en verdad, lo merecía. Todos estuvieron de acuerdo en ello.

—Es curioso: una buena acción conduce a otra —dijo Janet—. ¡Qué cosas tan emocionantes han ocurrido últimamente! Tanto, que poco me ha faltado para ahogarme de emoción. Ahora, sin duda, todo se normalizará, pero os confieso que he disfrutado mucho estos días.

Janet se equivocó. Las cosas no se normalizaron; por el contrario, se hicieron mucho más emocionantes.

Peter refirió a su padre, en presencia de Janet, lo ocurrido con el veterinario. El buen señor lo escuchó sin decir palabra, y cuando Peter hubo terminado, preguntó:

—¿De modo que no ha querido cobrar? ¿Y qué vais a hacer con el dinero? Es una cantidad importante.

—Hemos pensado dártelo para contribuir a la compra de *Brownny*. Así se cumplirá el gran deseo de Tolly de ser el dueño del caballo. Piensa que pronto tendremos que volver al colegio, y entonces sólo Tolly podrá cuidar a *Brownny*, ya que tú siempre tienes mucho trabajo. Con Tolly estarán seguros tanto *Brownny* como los demás caballos. ¿No te parece?

—¡Claro que sí! —exclamó el padre, abrazando a los dos niños—. Acepto el dinero. Se gastará todo en *Brownny*: en alimentos y en todo lo que necesite. Y quizá podamos comprar una buena silla para que lo montéis. Estoy seguro de que le gustará.

—¡También nos gustará a nosotros! —dijo Janet, y sus ojos centelleaban.

—Oye, papáito: mientras estemos en el colegio, el caballo será tuyo y de Tolly, pero durante las vacaciones será nuestro. Esto es magnífico, ¿no te parece?

—Maravilloso —declaró el «papáito»—. Id a explicárselo a vuestra madre. Yo tengo trabajo. Hablaré con Tolly y le contaré lo que hemos decidido.

—Todo nos ha salido estupendamente —dijo Peter a Janet mientras iban en busca de su madre—. Le daré a mamá unos peniques todas las semanas para que compre algunos terrones de azúcar más de los que necesite. Tolly le da alguno a *Brownny* de vez en cuando, y yo también quiero darle. ¿No crees que un caballo tan bonito y simpático se lo merece todo? ¡Cuando pienso que podremos montarlo todos los días!

...

Los planes acerca de *Brownny* parecieron a Tolly tan acertados como les habían parecido a los niños.

—Le sentará bien a *Brownny* que lo monten a diario —dijo—. Engordará demasiado si no hace mucho ejercicio. Los caballos de su raza son propensos al engorde. También debéis hacerlo saltar. Para los saltos es un as. ¡Si lo hubieseis visto ayer saltar el riachuelo porque un perro le ladraba! El perro debió de creer que *Brownny* tenía alas. Lo cierto es que el perro dio media vuelta y huyó como un rayo. El viejo *Brownny* se detuvo en la otra orilla y sonrió mostrando sus hermosos y blancos

dientes. A lo mejor, el perro, al ver aquella gran dentadura, creyó que *Browny* quería morderle.

Los niños rieron de buena gana. Tolly contaba muy bien las cosas. Entraron con él en la cuadra y se sentaron en el heno, que despedía un olorcillo agradable.

—Cuéntenos cosas, Tolly —dijo Janet—. ¡Debe de saber tantas de los animales con que ha trabajado!

—No, ahora no puedo; estoy ocupado. Este establo se ha de limpiar. Por favor, Peter, coge la horca y ayúdame un poco. Y tú, pequeña, ve a charlar con *Browny* un ratito. Está aquí mismo. Seguramente le encantará que le des una de las manzanas del desván. Y me parece que también a ti te gustaría dársela.

Pronto estuvo Janet sentada junto a *Browny*. Los dos mordisqueaban manzanas. El caballo emitió un débil y afectuoso relincho y husmeó cariñosamente a Janet. La niña le rodeó el cuello con los brazos y aspiró su agradable olor a caballo limpio.

—Me gustas, *Browny* —susurró en su puntiaguda oreja—. No te robarán, ¿verdad? Sería terrible para mí. Miraré por la ventana antes de acostarme para asegurarme de que no hay ladrones por los alrededores. Será una noche clara, de luna llena, y veré bien la cuadra desde mi dormitorio. Así que no te inquietes. Echaré de vez en cuando una mirada para estar segura de que ni tú ni los demás caballos corréis peligro. Y si viese ladrones, mandaría a *Scamper* en vuestra ayuda.



Y llego la noche

Todo el mundo se acostó temprano aquella noche. El padre de Peter estaba rendido: había tenido que trabajar en la granja, en sustitución de uno de sus hombres, que estaba de vacaciones. A la madre nunca le había gustado trasnochar; el sueño se apoderaba pronto de ella. Los niños pretendieron permanecer levantados para terminar los libros que estaban leyendo. Pero los mandaron a la cama a pesar de sus protestas.

—Y no creáis que os mando a la cama para leer —les advirtió su madre—. Apagaréis la luz en seguida. ¿Entendido?

Refunfuñando, subieron a acostarse. Sus dormitorios estaban el uno al lado del otro; así que podían conversar. Se pusieron a leer. Janet leía un libro muy emocionante, donde se hablaba de cuevas de contrabandistas, y estuvo leyendo y leyendo sin darse cuenta del tiempo que transcurría.

—Recibirás un buen rapapolvo mañana cuando te pregunten a qué hora has apagado la luz —le dijo Peter, apagando la suya—. ¡Buenas noches, insecto de libros!

La obra era en verdad emocionante. Janet perdió la noción del tiempo, e incluso se olvidó de que estaba en la cama. Creía hallarse en una cueva de contrabandistas, acompañada de cuatro niños y un perro.

En la planta baja, el reloj dio las horas solemnemente. Era el gran reloj del abuelo; tenía un sonido dulce y grave. Janet escuchó y contó. ¡Cielo santo, las once! ¿Qué diría su madre cuando ella, Janet, tuviese que confesar que había oído dar las once en el reloj del abuelo? Sintiénndose culpable, dejó el libro en el suelo, apagó la luz y descorrió la cortina. La habitación se inundó al punto de resplandor lunar.

—¡Qué luz tan bella! —susurró Janet—. ¡Esto es hermoso! Parece la luz del día con un barniz de plata.

Se levantó y estuvo unos minutos mirando por la ventana. De pronto, tomó una decisión.

—Voy a salir a la luz de la luna; sí, voy a salir, es una noche de cuento de hadas. Me pondré el batín y saldré a bailar a la luz de la luna. Pero no se lo diré a nadie. Creerían que estoy loca.

Se puso el salto de cama, llamó con voz queda a *Scamper*, que estaba en la habitación de Peter, y bajó las escaleras. ¡Qué emocionante le pareció aquella expedición nocturna! No sentía ni sombra de temor. ¡Era tan clara la luz de la luna!

Salió por la puerta trasera y se detuvo en el patio con la mirada fija en el disco lunar que navegaba por el cielo. ¡Qué grande parecía!

«¿Quién vuelve a la cama cuando la luna reluce tan bellamente? —se dijo Janet—. Voy a ver si *Browny* está despierto. Le diré al oído que he ido a verle porque la luna es magnífica. El se alegrará de verme».

Se detuvo, inquieta, antes de atravesar el patio. ¿Y si su madre o su padre estuvieran despiertos y asomados a la ventana contemplando la luna? Al fin, avanzó

poco a poco junto a la pared buscando la protección de las sombras. *Scamper* iba junto a sus pies.

Súbitamente, el perro gruñó y se detuvo. Tiró del salto de cama de Janet y profirió un nuevo gruñido. Luego volvió a detenerse bajo la sombra de un árbol y aguzó el oído, en medio de un silencio sepulcral. ¿Por qué gruñía *Scamper*? ¿Habría olfateado a alguna rata, o a algún ratoncito que entraba en su agujero? Janet no oía nada y no veía ninguna rata ni ningún ratoncito. Siguió, pues, adelante, buscando las zonas de sombra.

Pero entonces oyó algo semejante a una voz, a una exclamación que parecía proceder del establo. ¿Quién la habría lanzado? Seguramente Tolly, que dormía invariablemente en la cuadra en su viejo colchón: no podía estar lejos de sus queridos caballos.

El corazón de Janet latía violenta y aceleradamente. Cogió por el collar a *Scamper* y le susurró:

—No ladres ni gruñas. No te apartes de mi lado. Averiguaré de dónde viene ese rumor. Miraré por una de las ventanas del establo. No hagas el menor ruido, *Scamper*.

Avanzando juntos por las sombras, llegaron a la cuadra. Los caballos estaban inquietos; no cesaban de patear y rebullir. Uno de ellos relinchó en tono bajo.

Pero, de pronto, se oyó un gran alboroto. Por lo menos, a Janet le pareció ensordecedor. Se percibían voces. Era Tolly el que gritaba. También se oyeron relinchos, luego los pasos de un hombre y finalmente la voz de Tolly que gritaba:

—¡Socorro, socorro!

Janet miró por una de las ventanas del establo y vio que en el interior se había entablado una violenta lucha. Dos desconocidos se habían apoderado de *Brownny* y de otro caballo y un tercero luchaba con el pobre Tolly. ¡Crac, pum, plaf! Algo horrible. Janet estaba horrorizada. No pudo reprimir un grito. Tolly fue el único que la oyó. Sin dejar de luchar llamó a la niña por la ventana y le dijo:



—¡Corre a buscar ayuda! ¡Salva a los caballos!

—¡No pidas ayuda, viejo! —dijo brutalmente uno de los ladrones—. Cerca de aquí no hay nadie.

Presa de terror, Janet corrió hacia la casa.

—¡Papaíto, mamá! ¡Papaíto, mamá! ¡Corred! ¡Los ladrones de caballos han entrado en nuestra cuadra! ¡Tolly está luchando con ellos! ¡Papá, papá!

Los esposos despertaron en seguida y el padre corrió escaleras abajo en pijama. Cuando Janet entró en la casa, su madre ya estaba telefoneando a la policía. La niña le explicó entre sollozos que habían atacado a Tolly. La madre trató de tranquilizarla.

—En seguida llegará la policía —dijo—. Sal, espérala en el camino y condúcela al establo. Yo voy a ayudar a tu padre.

Cogió un atizador de la cocina, se puso una bata y salió corriendo. «¡Qué valiente!», pensó Janet con orgullo mientras salía al camino. Entonces cayó en la cuenta de que no había despertado a Peter.

En este momento llegó el coche de la policía.

—¡Eh, jovencita! ¿Dónde está el jaleo? —gritó un policía alto y fuerte que corría hacia ella—. ¡Habla, habla!

—¡Los conduciré! —gritó Janet—. Intentan robarnos los caballos. Yo he visto a los ladrones. Mi padre y mi madre han ido a la cuadra para luchar con ellos.

Del establo salía una algarabía de gritos, exclamaciones, relinchos y ladridos. Janet empezó a temblar, pero siguió valientemente a los policías. ¿Estarían bien su padre y su madre? ¿Qué habría ocurrido a Tolly? ¿Habrían resultado heridos en la refriega los caballos o *Scamper*?

Habría preferido no acercarse al establo, no ver lo que allí estaba ocurriendo, pero tuvo que ir. ¡Cielos, qué algarabía!

Su padre luchaba con un ladrón. Tolly golpeaba a otro con todas sus fuerzas. Y — cosa extraordinaria— un ladrón estaba arrodillado ante su madre y pidiéndole que lo dejara escapar.

Codger y *Scamper* disfrutaban de lo lindo. Se lanzaban sobre los ladrones y los mordían, y los malhechores estaban paralizados por el miedo. Los caballos, sobresaltados y excitados, pateaban, coceaban y lanzaban agudos relinchos. Janet notó que las piernas le flaqueaban. ¡Era tan emocionante lo que estaba viendo! Se sentó en el frío banco de piedra adosado a la pared, fuera del establo, y esperó a que la lucha terminara. ¡Qué cosas estaban ocurriendo! ¡Pobre Peter! Ni se había enterado de aquellos sucesos sensacionales. Debía ir a despertarlo.



Una noche de emociones

Janet fue a despertar a Peter antes de que terminara la emocionante aventura. Nunca le perdonaría que no le hubiera avisado. Subió volando las escaleras y empezó a sacudirlo hasta que consiguió despertarlo.

—¡Peter, ven corriendo! ¡Hay ladrones de caballos en el establo! Tolly empezó la lucha contra ellos... Ya ha llegado la policía. Papá, mamá y los agentes siguen luchando.

—¡Qué bobada! ¡Has tenido una pesadilla! —dijo Peter, enfadado—. ¡Vuelve a la cama! ¡Mira que despertarme para una tontería así!

Dio media vuelta para ponerse a dormir de nuevo, pero Janet le zarandó violentamente.

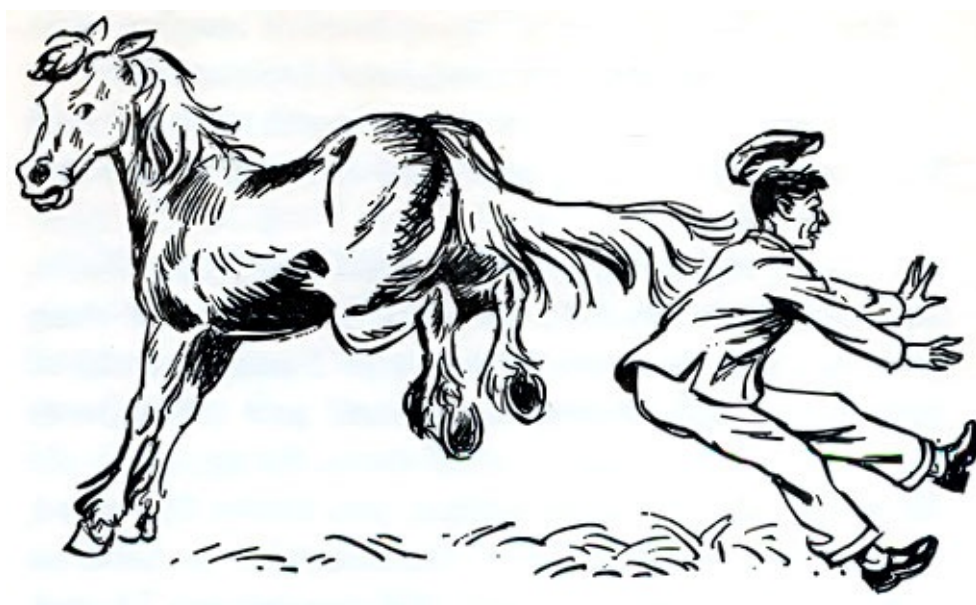
—¡Levántate! —vociferó—. Escucha y oirás el escándalo. Vas a perderte una aventura emocionante. ¡Ven a la ventana y verás!

Peter empezó a pensar que podía haber algo cierto en lo que Janet decía. Saltó de la cama y corrió hacia la ventana, donde ya estaba Janet. ¡Cielo santo, qué alboroto, qué gritos, qué golpes...! ¡Y cómo ladraba *Scamper*, y cómo relinchaban los excitados caballos!

—¡Vamos! —dijo Peter.

Y sin ponerse la bata ni las zapatillas, voló escaleras abajo, salió al patio y se dirigió velozmente a la cuadra.

Ya casi había pasado todo. Pero se veía que la lucha había sido terrible. Tolly había acometido a los ladrones con un rastrillo y los había hecho bailar de dolor. Los salteadores habían intentado hacer salir a los caballos, pero los valientes animales se mantuvieron firmes, y *Brownie* había repartido coces en abundancia. Los forajidos le temían. Había arrinconado a uno, que no se atrevía a hacer el menor movimiento y que se alegró cuando un policía se acercó a él para esposarlo.



—Aparten a este caballo de mí —suplicaba—. Me va a romper las piernas a coces y no me extrañaría que se me hubiese comido una oreja.

—¡Ojalá se la hubiera comido! —exclamó el policía mientras empujaba al malhechor hacia el departamento inmediato donde ya habían detenido a los otros dos ladrones.

Uno de ellos estaba herido en un brazo y trataba de detener la hemorragia. Su cara tenía una expresión de odio y ferocidad. El tercero había caído al suelo al arrojarse Tolly sobre él, y tenía una gran herida en la cabeza.

—¿Están heridos los caballos? —preguntó Janet a Tolly, que, fatigado y jadeante, sujetaba a uno de los ladrones.

—No, amiguita; no han sufrido ningún daño —repuso el viejo—. Nuestro *Brownny* ha disfrutado de lo lindo. ¡Si hubieras visto los saltos que daba y las coces que repartía con sus grandes pezuñas! Casi me dieron lástima estos infelices. Una vez me han derribado, pero el viejo *Brownny* ha acudido en mi auxilio y casi le ha arrancado un brazo de una coz a mi enemigo. ¡Ah, mi incomparable *Brownny*! No ha demostrado ni sombra de miedo y se ha comportado con verdadera inteligencia. Ni por equivocación ha atacado a la policía: sólo a los ladrones.

A tirones y empujones, los ladrones de caballos fueron conducidos al coche de la policía. Eran rebeldes y dieron trabajo, pero Peter pudo al fin regocijarse viendo que cada ladrón tenía sentado junto a él a un forzudo policía.

—Así están bien seguros —dijo el muchacho.

—Todo ha pasado ya —dijo la madre de Peter—. Pero ha sido una verdadera batalla. ¡Qué suerte que estuvieras despierta, Janet! Así has podido oír a los ladrones.

—Te confieso, mamá, que aún estaba leyendo —dijo Janet—. El claro de luna era tan hermoso, que decidí salir con *Scamper*, y entonces fue cuando oí ruido en el establo y vi lo que ocurría. ¿Le han hecho daño, Tolly? Es curioso que usted pareciera seguro de que los ladrones de caballos vendrían una noche u otra. Ha sido una suerte que usted durmiera con los caballos.

—No podría dormir en ningún otro lugar sabiendo que los ladrones de caballos andan siempre al acecho —dijo Tolly, sacudiéndose el polvo de la lucha.

Los caballos estaban inquietos.

—Si usted me lo permite, señor —dijo Tolly—, los sacaré a dar un paseo. De este modo se tranquilizarán y podrán descansar durante el resto de la noche.

—Me parece bien, Tolly —dijo el padre de Peter—. Gracias por su importante ayuda. Veré de recompensarlo. Es muy conveniente tener como trabajador a un hombre como usted.

—Tolly, cuénteme lo ocurrido, cuéntemelo todo —dijo Janet.

—Pues verás. Yo estaba acostado en mi viejo jergón, en el departamento inmediato al de *Brownny*. Los caballos se durmieron. No se les oía patear ni relinchar. Poco después, *Brownny* relinchó en mi oído, estirando el cuello. No había duda de que quería decirme algo. Me senté y vi en sus ojos un brillo de ansiedad. La luz de la luna

entraba en el establo, donde había tanta claridad como si fuese de día. Entonces oí otro ruido, pero éste no procedía de ningún caballo: era la respiración contenida de un hombre. En seguida pensé: «Ya los tenemos aquí. Este tipo es un ladrón de caballos».

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Janet con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole con violencia.

—Bien; pues entonces me levanté, abrí la media puerta de un empujón y me quedé paralizado un momento al ver que un hombre estaba desatando la correa que sujetaba a Mayor a su pesebre. Este viejo caballo dio la voz de alarma. Relinchó y pateó con tal ímpetu, que creí que la cuadra se venía abajo. No sé cómo consiguió el ladrón sacar a Mayor de su pesebre, pero lo que sí sé es que Mayor, apenas tuvo espacio para mover libremente sus patas, propinó tal coz al individuo, que éste atravesó volando todo el establo. Entonces vi que había más individuos y la ira me cegó. Cogí esta herramienta y empecé a luchar. Los ladrones trataban de evitar mis golpes, pero uno de esos sujetos no podrá sentarse en más de quince días. ¡De eso os respondo!

Tolly se echó a reír de tan buena gana, que todos los caballos volvieron hacia él la cabeza.

—Siga, Tolly —dijo el padre de Peter, a la vez preocupado y divertido—. Es un relato muy interesante.

—No sé con exactitud lo que hice después —dijo Tolly moviendo la cabeza—. Lo que recuerdo es que vi a uno de los ladrones al lado de mi querido *Brownny*, que me abracé a la cabeza del caballo, que le hice dar media vuelta y que le dije que empezara a repartir coces. El viejo *Brownny* es muy obediente, como ustedes saben. Dos de los forajidos salieron disparados. Uno de ellos fue a dar contra una puerta y empezó a lanzar tales gritos, que no pude menos de decirle: «¿No le da vergüenza? Va usted a despertar a toda la policía del distrito». Y en ese preciso instante llegó la policía. ¡Pareció cosa de magia!

—Ha obrado usted bien y con valentía —dijo el padre de Peter—. Considérese desde este momento como trabajador fijo de esta casa y como jefe de mis establos. Estará por encima de todos los empleados más jóvenes que usted. Me convienen hombres así. No comprendo cómo Dinneford lo dejó marcharse. Bien: tranquilice a los caballos y en seguida a dormir. Buenas noches.

Dicho esto, rodeó con el brazo los hombros de su esposa, dijo a los niños que fueran delante y los condujo a todos a la casa, incluyendo a *Scamper*, que era el que daba mayores muestras de excitación.

—Me pregunto —dijo— si podremos dormir esta noche. Tenemos los nervios de punta. En fin, gandulearemos un poco mañana por la mañana. Buenas noches, Peter; buenas noches, Janet. Que descanséis.

Los niños no sentían el menor deseo de volver a la cama: querían quedarse levantados para comentar lo ocurrido. También deseaban hablar con los caballos y con Tolly. O sea, que querían cualquier cosa menos volver a acostarse.

Pero su padre les dijo con firmeza:

—He dicho que a la cama y no me gusta repetir las cosas. Vais a coger un enfriamiento si seguís levantados y tan ligeros de ropa después de haber estado tan abrigaditos en la cama. Además, tenéis que descansar. Si no volvéis a la cama ahora mismo, mañana no os permitiré que os acerquéis a Tolly ni a los establos. ¿Oís?

—Está bien, papaíto, nos acostaremos —dijo Peter, sonriendo—. ¡Cielo santo, qué noche! Nunca había ocurrido una aventura como ésta. ¡Y en nuestra propia casa! ¿Qué dirán los miembros del Siete Secretos cuando se lo contemos todo mañana?

—¡Bueno, a la cama! —dijo el padre de Peter, empujando a éste y a Janet—. Podéis seguir pensando en ello, pero acostados.

Al fin, los dos niños se acostaron y empezaron a hablar a voces desde sus respectivas habitaciones. De pronto, Peter dejó de contestar, y Janet comprendió que se había dormido.

A la mañana siguiente los dos hermanos estuvieron durmiendo hasta muy tarde. Su madre no los despertó pensando que habían trasnochado mucho. Y ellos se enfadaron cuando se despertaron y advirtieron que habían perdido gran parte de la mañana.

—¡Oh, mamá! —dijo Peter—. Teníamos pensado convocar una reunión. Los Siete Secretos deben saber lo que ocurrió la noche pasada. ¡Fue una aventura tan emocionante!

—Bueno —respondió la madre—. No gruñas más y tómate el desayuno. Tienes todo el día para convocar esa reunión. Retiraré vuestro desayuno dentro de diez minutos justos. Así que si tenéis apetito, lo mejor será que no perdáis el tiempo hablando.

Para ellos era un placer seguir comentando los sucesos de la noche anterior. Tan pronto como hubieron dado fin a su desayuno, se fueron a hablar con Tolly. Este estaba cepillando a uno de los caballos y silbaba en tono bajo. Sonrió al ver a los niños.

—Ha sido una noche inolvidable, ¿verdad? Por poco se llevan a mi buen *Browny*. No sabían los pulmones que tiene para relinchar. Me despertó en seguida.

—Tampoco sabían que usted duerme en la cuadra —dijo Janet—. De lo contrario, habrían procedido con más cautela. Es usted muy valiente, Tolly. Me dio miedo cuando le vi con el rastrillo en alto.

—Estoy seguro de que los atemorice —dijo Tolly.

—Aún me parece estar viendo a aquel individuo que no podrá sentarse hasta dentro de una semana o más, y a aquel otro que no podrá andar en quince días.

—¡Les está bien empleado! —dijo Peter.

—Sí, es lo que se merecen los ladrones de caballos —afirmó Tolly—. Nunca olvidaré lo que sucedió la última vez que me enfrenté con uno de estos bandidos. No intentó robar en mi casa, sino en otra. Pero yo lo vi pasar. *Codger* y yo nos levantamos inmediatamente y yo cogí un cubo y dije a *Codger* que persiguiese al

merodeador y lo obligara a detenerse junto a la fuente próxima. Allí estaba el ladrón de caballos cuando yo llegué. Sin pérdida de tiempo llené el cubo y lo vacié (el agua estaba helada) en la cabeza del ladrón. Este se quedó pasmado. Ni siquiera pudo huir. *Codger* lo tenía inmovilizado. Yo le vacié en la cabeza cinco cubos más llenos de agua. Fue muy gracioso. Tuve que apoyarme en la pared, pues me dolía el costado de tanto reír.



Tolly contaba muy bien las cosas. Los niños no se cansaban de oírlo. Pero Tolly tenía trabajo.

—Espere un momento, Tolly —dijo Peter—. Pensamos dedicar parte del dinero que hemos recogido a celebrar el cumpleaños de *Brownny*, y todos, incluso usted, hemos de estar presentes. Le compraremos a nuestro caballo pienso del mejor y una libra de terrones de azúcar.

—¿Una libra de terrones de azúcar? —exclamó Tolly, aterrado—. Sería una barbaridad dárselos todos de una vez. Con semejante régimen se pondría en poco tiempo tan gordo como una vaca vieja, y sus patas heridas tendrían que soportar más peso...

—Bien, Tolly. Le entregaremos a usted el azúcar para que se lo racione —dijo Peter—. También puede racionárnoslo usted a nosotros para que no lo demos a *Brownny*. No queremos que engorde. Está muy bien con el peso que tiene.

Esta vez no hizo falta enviar convocatoria a los Siete Secretos. La noticia de que los ladrones de caballos habían intentado robar en la cuadra de Peter corrió por Peterswood como la pólvora, y todos los miembros del club se apresuraron a acudir para informarse con exactitud de lo ocurrido. Peter los reunió en el cobertizo.

Todos se sentaron expectantes, deseosos de oír el relato de los acontecimientos.

—Yo me he enterado por el lechero —dijo Pamela— y en seguida he ido a avisar a los demás. Entonces he visto que casi todos lo sabían. ¿Cómo sucedió, Peter? ¿Están los caballos a salvo?

—Sí, están perfectamente —repuso Peter—. Pero tengo muchas noticias frescas para vosotros. Anteanoche los ladrones entraron en la granja del señor Dinneford y se llevaron sus tres mejores caballos. Hasta ahora no se ha logrado averiguar dónde están esos caballos.

—¡Lo tiene merecido! —dijo Jorge, y todos asintieron—. ¡Es un hombre detestable! Perdió a Tolly por su mal carácter y su avaricia y ahora ha perdido tres caballos. ¡Ojalá no les ocurra nada malo a esos pobres animales!

—Yo creo —dijo Peter— que no les habrá sucedido nada malo. Son valientes y no se habrán dejado maltratar por los ladrones. Deben de estar bien, aunque inquietos y asustados. Pero sabe Dios dónde estarán o a quién los habrán vendido los ladrones. No lo siento por el señor Dinneford. No puedo sentirlo sabiendo que fue culpable del accidente que dejó las patas traseras de *Brownny* en tan mal estado: le hacía trabajar demasiado y cargaba con exceso la carreta de la que tiraba *Brownny*. Por eso creo que le está bien empleado lo sucedido.

—Me parece que todos pensamos igual —dijo Bárbara—. Peter, ¿has averiguado cuándo es el cumpleaños de *Brownny*?

—Sí. Este es precisamente uno de los motivos que tenía para convocaros. El cumpleaños es el viernes próximo. He hablado con mi padre de esto y dice que contemos con él para la fiesta y que su deseo es que este día sea memorable para *Brownny* y para todos. ¿No os parece que debemos invitar a Bob? Fue él quien nos dio las primeras noticias sobre *Brownny* y Tolly.

—¡Claro que debemos invitarle! —dijo Jorge. Y todos estuvieron de acuerdo.

—Mi padre cree que sería una buena idea dedicar a la compra de una silla de montar para *Brownny* parte del fondo que hemos reunido. Así Tolly podría montarlo cómodamente, cosa que a *Brownny* le encantará. Mi padre opina que la silla debe ser de lo mejor, y que pondrá algo de su bolsillo para demostrar su gratitud a Tolly por haber evitado que nos robasen los caballos.

—¡Es una gran idea! —Gritaron todos entusiasmados.

Y Colin añadió:

—Tu padre es un hombre admirable.

—Quedará dinero suficiente para organizar una magnífica fiesta de cumpleaños —dijo Peter—. Propongo que la celebremos en el patio de los establos. Así todos los caballos nos verán, y nosotros podremos darles terrones de azúcar y ellos notarán que participan en la fiesta.

—¡Hurraaaaaa! —Gritaron todos, locos de alegría—. ¡Hurraaaa!

Por eso ahora están sentados alrededor de una gran mesa, en el patio de los establos. Es el día del cumpleaños de *Brownny*. Son trece los que cumple. Pero él no sabe nada de esto y no comprende por qué lo miman tanto ni por qué le han puesto un

collar de flores. ¡Qué hermoso estás, viejo *Brownny*! Y ¡cómo te quiere todo el mundo!

Colgada en la pared de la cuadra hay una magnífica silla de montar. Es la que entre el padre de Peter y los muchachos han comprado para *Brownny*. Tolly está tan satisfecho del regalo, que sólo piensa en el momento de colocarla en el lomo de *Brownny*, lo que le permitirá montarlo.

Hay pastel de cumpleaños. En él se lee esta inscripción: «¡Feliz cumpleaños, *Brownny*!». No cabe duda de que si los caballos son capaces de enorgullecerse, *Brownny* debe de sentirse henchido de orgullo.

Pero el buen caballo de pelo castaño y reluciente no está envanecido. Les mira a todos con sus grandes ojos llenos de bondad. Un terrón de azúcar para *Brownny*. Y un trozo de tarta helada. ¡Y un puñado de trigo del mejor, ofrecido por la mano callosa de Tolly! ¡Qué deliciosa merienda!

Entre las risas de los muchachos, *Brownny* lanza un suave relincho y mueve la cabeza con un evidente gesto de buena educación. Janet interpreta:

—Ha dicho: «¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!». Tolly, no cabe duda de que es el mejor caballo del mundo.

—Cierto, hija, cierto —aprueba el viejo, mientras ofrece a *Brownny* otro trozo de tarta.

Brownny acerca el hocico al oído de Tolly, como para decirle algo en secreto.

—Dice que no hay niños como vosotros —traduce Tolly.

Y sus palabras fueron acogidas con grandes risas.

Yo también opino como *Brownny*, Siete Secretos: yo también creo que no hay niños como vosotros.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.